

ANGEL  
ESTRADA Y CIA  
EDITORES

EMMA C. DE BEDOGNI

LA  
NOTA ALEGRE  
EN LA ESCUELA



EMMA C. DE BEDOGNI

Dupl. 29.294

DONACION  
DE

126 Sección  
de Libros  
para Niños

# La Nota Alegre

EN LA

año 1933

## ESCUELA

TERCERA EDICIÓN



ANGEL ESTRADA y Cía.—Editores

466 — CALLE BOLIVAR — 466

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

134 X 123

*[Faint handwritten notes at the bottom of the page]*

100

2004





## LA FIESTA DEL ÁRBOL

ZARZUELITA EN UN ACTO

PERSONAJES:

LA PRIMAVERA—CORO DE NIÑAS

ESCENA ÚNICA

LA PRIMAVERA, luego el CORO DE NIÑAS

LA PRIMAVERA.—(*Escuchando una canción que suena lejana*). El eco de unas voces armoniosas llega hasta mis oídos.

Es un conjunto de melodías parecido al gorjeo de los pájaros... y sus cadencias suaves me recuerdan el rumor que producen las aguas de un arroyuelo cuando murmuran plácidamente.

(*Entra el CORO DE NIÑAS.*)

MÚSICA—CORO

Bienvenida, ¡oh, Primavera!,  
Con tu ropaje de flores  
La Naturaleza entera  
Te tributa mil honores.





Haces que florezca el nardo  
Y den flores los jazmines,  
Á tu vuelta, sin retardo  
Se embellecen los jardines.

De alegría mensajera  
Te admiramos con placer  
Porque, ¡oh, bella Primavera!  
Para tí es, nuestro querer...

## HABLADO

LA PRIMAVERA. — Gracias, queridas. Vuestro afectuoso saludo mucho me regocija... y conmueve. Pero... ¿qué traéis en las manos? (*Todas quieren contestar á la vez, y, entre ese vocerío, distínguense las siguientes palabras:*)

NIÑA 1.<sup>a</sup> — Son pequeños árboles...

NIÑA 2.<sup>a</sup> — Son plantitas...

LA PRIMAVERA. — Por favor, no habléis todas á la vez...

NIÑA 1.<sup>a</sup> — Todas traemos un gajo para plantarlo en la tierra, que, merced á tu retorno, vuelve á ser fecunda, esperando proporciones á cada uno de ellos la savia necesaria para que con el tiempo lleguen á ser árboles frondosos, que nos brinden protectora sombra.

LA PRIMAVERA. — Trataré de complaceros, pero es necesario tengáis presente que, así como vosotras para llegar á ser útiles á la Humanidad y á la Patria, necesitáis de múltiples y tiernos cuidados, también los pequeños árboles necesitan de ellos para crecer lozanos y fuertes.

Para comprobaros la veracidad de mis palabras, os contaré una fabulita que hace años me narró una anciana muy docta. Se titula:

## LA NIÑA Y LA PLANTA

Una niña muy bonita  
Encontró un día, en la sierra  
Una planta chiquitita  
Arrancada de la tierra

La infeliz, ya moribunda,  
 Gemía por sus dolores,  
 Y postrada y sitibunda  
 Ya creía no dar flores.

— Si no estuvieras así,  
 Dijole con gracia Emmita,  
 Te tendría para mí...  
 Pero... estás ya muy marchita.

— Si me cuidas, daré rosas,  
 Respondióle la afligida,  
 Tendré ramas, tendré hojas  
 Y no perderé la vida...

Conmovida, Emmita, buena,  
 Á su casa la llevó  
 Y junto á una azucena  
 En su jardín la plantó.

Al terminar la semana,  
 Ya la planta hermosa estaba,  
 Porque siempre de mañana  
 La niñita la regaba.

Cuando traza no tenía  
 Ya, de haber estado seca,  
 Olvidóla, Emmita, un día,  
 Por jugar con la muñeca.

Acordóse luego al fin,  
 De la planta que la amaba...  
 Y corrió hacia el jardín,  
 Mas la pobre, muerta estaba...



Esa planta simboliza  
De virtud la bella flor,  
Que tristemente agoniza  
Do no se le brinda amor...

LA PRIMAVERA.—¿Os ha agradado mi fabulita?

NIÑA 1.<sup>a</sup>—Muchísimo, bella Primavera... y porque nuestras madres y maestras no se olvidan de enseñarnos á caminar por el sendero de la virtud, esperamos llegar á ser virtuosas... (*Las niñas se disponen en círculo al rededor de PRIMAVERA y repiten el primer coro. Después del canto las niñas plantan los gajos.*)





## EL CANASTO DE DURAZNOS

### MONÓLOGO

*(El actor sale riendo).* ¡Já!, ¡já!, ¡já!

*(Al público).* Sin duda deseáis saber porque me río de tan buena gana...

Me río de una travesura mía...

Mi tío Juan nos ha enviado un canasto de duraznos, tentadores, enormes, maduros, llenos de aroma!...

María, la criada, recibió el canasto y lo puso sobre la mesa del comedor.

Yo lo ví al entrar de vuelta del colegio, y mientras María iba en busca de mamá para enterarla del obsequio, sin que nadie me viese, llevé el canasto á mi habitación y lo escondí debajo de mi cama.

Después me presenté tranquilamente en el comedor, augurando las buenas tardes á mamá, que ni me hizo caso, porque junto con María, estaba buscando el canasto.

(*Riéndose*). Aun veo con los ojos de la imaginación á mi madre mirar con seriedad á María, y la expresión que había asumido el rostro de ésta, al no encontrar el canasto.

La buena mujer no se cansaba de repetir:

—¡Con mis manos lo he puesto sobre la mesa!...

—Te habrá parecido —le dijo mamá.

—¿Qué buscan? —pregunté yo — haciéndome el inocente.

—Un canasto de duraznos que acaban de traer —díjome mamá — ¿no lo has visto tú?

—No; recién vuelvo de la escuela.

—Este es un *ministerio* —dijo María — que por querer repetir las palabras elegidas, con que se expresa mi hermano el poeta, se cree que *ministerio* y *misterio* tienen el mismo significado.

—Pepe —dijo mamá, interrogando á mi hermano — ¿has quitado tú, de la mesa, un canasto de duraznos que acaba de mandarnos tu tío Juan?

—¡Vaya... una pregunta! —dijo con seriedad mi hermano.

Hace más de una hora que estoy cavilando para



encontrar una palabra que consueene con *troj...* y ustedes me molestan por una tontería semejante!... y se fué enojado.

— María, dí, ¿no habrá sido la tuya una alucinación?

— Pero, señora, si he recibido yo el canasto y con mis manos, estas manos, lo he puesto aquí... aquí... aquí... y golpeaba sobre la mesa, para que sus palabras fueran más convincentes. ¿Cómo podía estar *enimaginación*?

— Llamen á Teresa — objetó mamá — y presentóse mi hermanita.

-- ¿No has visto un canasto de duraznos?

— No, mamita — dijo ella con sorpresa.

— Repito que se trata de un *ministerio*, repuso con sosiego María.

— Déjate de estropear el idioma — dijole mamá, enojada, y trata de encontrar el canasto.

El portero, llamado á su vez á declarar, pudo suministrar los siguientes datos:

— ¿Un canasto?, sí, señora, lo subieron hace un rato... lo trajo el sirviente de su cuñado.

¡Oh! — dijo María. — ¿Ha visto, señora, como no estaba *inmaginación*.

— No maltrates el idioma, María, y busca los duraznos — repitió mi madre.

(*Desde el interior del escenario óyese decir*). Pero... ¿quién se los habrá llevado?...

(*Al público*). ¿Oís? Aun están buscando el canasto. Estoy acechando la ocasión de que el comedor quede desierto para llevar otra vez el canasto

de duraznos y dejarlo sobre la mesa en el mismo sitio en que lo colocara María...

Estoy seguro de que cuando ésta lo vea dirá en seguida: Ha sido obra de la *predestinación*, por decir *prestidigitación*... ¡Já!, ¡já! (*se va, riéndose.*)

---



## LA MENTIROSA QUE SE DESCUBRE...

BOCETO EN UN ACTO

PERSONAJES :

HUMBERTO—VICENTINA (niña de 5 años)—LA MADRE

ESCENA PRIMERA

LA MADRE y HUMBERTO

LA MADRE. — (*Con enojo*). No eres más que un glotón .. un glotón insigne...



HUMBERTO.—Pero, mamá, tú me juzgas mal. Yo no comí los pasteles. Puedo asegurarte que no sé qué sabor tienen.

LA MADRE.—No te atrevas á negarlo... Estoy segurísima que has sido tú. Eran veinte y ahora no son más que diez. Los había preparado para la tía Jerónima, á quien le gustan tanto y á quien se los había prometido. Los diez que han quedado son pocos, y ya no hay tiempo de preparar otros.

HUMBERTO.—Lo siento, mamá, pero...

LA MADRE.—No pretendas excusarte. En la casa no había más personas que tú, Vicentina y la criada; y, según me dijo ésta, Vicentina ha estado siempre jugando en el patio, de modo que...

HUMBERTO.—Tal vez el gato...

LA MADRE.—Sí, un gatazo de ojos azules y cabellos color del oro, un gatazo, que en vez de tener cuatro patas tiene dos piernas, un gatazo que habla y dice mentiras... Si los pasteles hubieran sido de carne pudo comerlos el gato, pero siendo de dulce... Sé franco, confiesa tu culpa... Ya sabes que «pecado confesado, medio perdonado.»

HUMBERTO.—(*Suspirando*). ¿Cómo probarte que no comí un solo pastel?

ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS—VICENTINA (niña de 5 años)

VICENTINA.—(*Con delantal, manos y rostro sucios de dulce*). Mamá, no vayas á creer que comí los pasteles...

LA MADRE. — ¿Y quién te ha preguntado si los comiste ó no?

VICENTINA. — Nadie... Pero si tú creías que yo...

LA MADRE. — ¡Ah, picarona! Acércate. Mírate en ese espejo. ¿Ese delantal, esa cara, esas manos aun sucias de dulce no comprueban tu culpa? Eres, pues, tan glotona como mentirosa.

VICENTINA. — (*Llorosa y limpiándose el rostro*). Es que estaban tan bien hechos, mamá... Pero te prometo que otra vez...

LA MADRE. — No quiero saber nada más. Contaré *tu hazaña* á tu padre, y él también...

HUMBERTO. — Perdónala, mamá... No lo hará más... ¡Es tan pequeña!...

VICENTINA. — Sí, mamita, perdóname... Te prometo que, desde hoy en adelante, no comeré postres con la boca... sólo los miraré desde lejos, desde muy lejos...

LA MADRE. — Seré indulgente... pero no te olvides que en otra ocasión semejante ó parecida, no lo seré ya... y ten presente que las mentiras tarde ó temprano se descubren solas.





## POR UNA GALLINA

### MONÓLOGO

*(Al público).* Deseo comprobaros como á veces, el ser más insignificante, puede ser protagonista de una escena cómica y graciosa...

Os hablaré de una gallina, contándoos lo que por ella acaeció hace ya unos días.

*(Señalando á un espectador).* ¿Qué dice usted?

Ese señor, acaba de decir á su compañero que según su parecer el tema que he elegido para mi disertación, no lo cree interesante.

¡Paciencia, caballero! En este mundo lo que es



insignificante para unos, suele á veces entusiasmar á otros, y puesto que, á pesar de mis pocos años, soy casi una filósofa... afronto con valor la situación y voy directamente al grano...

Os debo enterar de que, en una de las habitaciones de mi casa hay una ventanilla desde la cual se puede ver todo lo que sucede en el patio y hasta en algunos aposentos de un *conventillo* de la vecindad.

¡Qué escenas curiosas han visto estos ojos!

El domingo pasado, de mañana, no teniendo nada que hacer, asomé la cabeza á aquella dichosa ventana, que me atrae como el imán al hierro.

Sé que la curiosidad que me empuja hacia ese *observatorio* no es muy loable... pero, ¿qué niña puede jactarse de no haber sido curiosa?

Como os dije, asomé la cabeza y ví á la andaluza doña Gertrudis, que, en el umbral de la puerta de calle, estaba comprando una gallina.

Ña Gertrudis es la inquilina que tiene más dinero, y por eso tal vez la más envidiada.

La andaluza, después de un animado regateo, adquirió la gallina y se la dió á Pepe, hijito suyo, quien, al quererla llevar al fondo del patio, la dejó escapar, entrando directamente el ave en la pieza oscura de don Jenaro, un anciano zapatero, que, á pesar de ser ese día domingo, estaba trabajando á la luz de una lámpara.

La gallina voló sobre la mesita del pobre Crispín, tropezando con la lámpara, que se cayó, haciéndose añicos.

Don Jenaro se levantó furioso, llamó en su auxilio á Carmela, su mujer, que, al ver la lámpara rota, se armó de la escoba y con ella amenazó al ave, á Pepe, á todas las personas que encontraba ante sus pasos, gritando:

— Alguien ha de pagarme mi lámpara... oh.. doña Gertrudis me la pagará!

No había terminado aun doña Carmen sus lamentaciones, cuando se oyó la voz fresca y argentina de *Marietta*, la planchadora toscana, quien, mientras prorrumpía en las más extravagantes interjecciones, mostraba á todos los vecinos una camisa recién planchada, en cuya pechera resaltaban las huellas de las patas de la gallina fugitiva.

— *In cuesta casa no se ghe pol ciú vive* — dijo en seguida doña *Catainin* — una genovesa, pacífica como pocas.

*Perfin le galline i vegne á far nascer de le cuestiún.*

Mientras tanto la pobre ave, al elevar un poco su vuelo, hizo caer la percha en la que descansaba el loro de madame Anaix.

— *Mon pauvre Charcot, tu es blessé?* — dijo con voz lastimera la francesa al pájaro, mientras con infinito cuidado lo levantaba del suelo.

*Oh, mon petit, même le dimanche on ne peut respirer d'air frais et sain dans cette maison,* y con presteza se retiró á su aposento para curar á su favorito.

— Papá, cierra pronto la puerta para que no entre la gallina en el cuarto y vaya á pisotear los

*ravioles* — dijo Lisa á su padre, un carpintero piamontés, que, enojado por tener que interrumpir su trabajo, recogió del suelo un pedazo de madera y lo tiró en dirección al ave, sin olvidarse de poner en salvo á los *ravioles*.

La madera fué á caer contra la puerta del cuarto de don Ramón, natural de Galicia, y encargado de la casa.

El pobre hombre, que, por acostarse casi siempre achispado, estaba aún durmiendo, se despertó asustado, y sin terminar de vestirse, sin chaleco, y sin saco, se presentó enojadísimo en el patio.



—¿*Qué es lu que pása?*  
¿*Riñen las mujeres?* Ahura  
*las arreglo yo*—y sin esperar mayores explicaciones, llamó al agente de policía.

Las mujeres, cuando vieron al agente, se encerraron en sus habitaciones, y en un santiamén, se restableció el orden general.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el agente á don Ramón.

—*Nu sé decirle, señor. Estaba aún descansando, cuando oí unos gritos desaforados... y le llamé á usted para que se llevara á la Cumisaría á tuditas estas mujeres que nu hacen más que reñir.*

—Á usted tendrían que encerrarlo en una cárcel para toda su vida—dijo doña Gertrudis, la



única que había quedado allí para ver si podía recuperar su gallina, que, en medio de esa algazara, había desaparecido.

—Basta— dijo el agente.—Vengan ustedes conmigo á la Comisaría. Allí formularán sus quejas...

—¡Mis quejas!... ¡Mis quejas!— dijo Ña Gertrudis.—Si presentándome al señor comisario se me devolviese mi gallina, iría con ustedes, mas, como preveo que esto no sucederá, no salgo de mi casa; y en un abrir y cerrar de ojos entró en su pieza, cerrando la puerta con llave y pasador.

Don Ramón, mortificado, tuvo que seguir al agente hasta la Comisaría, donde permaneció unas horas, teniendo así tiempo de meditar sobre los perjuicios del abuso del alcohol y de los alborotos.

Creo que la famosa gallina, causa directa de tanto vocerío, haya servido de complemento á los *ravioles* del piamontés, porque, á la mañana siguiente, tempranito, ví salir á Lisa con un pequeño envoltorio, del que se cayeron unas plumas, que la niña recogió con prisa, procurando no ser vista.



## LAS PESCADORAS

ESCENAS DE LA PLAYA, EN UN ACTO

PERSONAJES:

HILDA.

ALICIA, su institutriz.

MAGDALENA, mujer de humilde condición.

JUAN, pescador.

MARGARITA, pescadora.

CORO DE PESCADORAS.

*(La acción en una aldea á orillas del mar.)*

ESCENA PRIMERA

HILDA — ALICIA — MAGDALENA, *en primer término, arreglando una red.*

HILDA. — Cálmate, mi buena Alicia. Si hemos perdido el tren de las cuatro, nos iremos en el de las seis.

ALICIA. — *(Enojada)*. Naturalmente... Si no llegamos hoy á Buenos Aires, llegaremos mañana...

Usted lo arregla siempre todo en un instante, pero no así, su mamá.

Ya verá como no le gusta que lleguemos con

dos horas de retraso. Me dirá que soy demasiado indulgente para con usted; y que la dejo hacer lo que quiere.

HILDA.—No, Alicia mía... No le dejaré tiempo para eso... Apenas lleguemos, la besaré, le daré un abrazo efusivo, y ella no te dirá nada... ¡Me quiere tanto!

ALICIA.—Espero no dejará de decirle que fué por culpa suya que perdimos el tren, porque si usted no se hubiese alejado tanto de la estación...

HILDA.—Lo hice para acercarme á las orillas del mar. ¡Me agrada tanto respirar este aire y mirar el movimiento constante y siempre variado de las olas!..

ALICIA.—(*Suspirando*). ¡Qué cabecita la suya! En vez de afligirse por el contratiempo sufrido, está pensando en los atractivos de las olas! Pero... no nos alejemos mucho de la estación, Hilda...

HILDA.—No temas... ¡Oh!... mira esa mujer que está cosiendo una red... Debe ser la madre ó la esposa de un pescador.

Vamos hacia ella. Puede ser que nos ofrezca unas sillas, y, sentadas, conversando un rato con la pescadora, nos parecerá más breve el tiempo que falta para la llegada del tren. (*Se aproximan á la anciana.*)

HILDA.—Buenas tardes, señora.

MAGDALENA.—(*Poniéndose de pie*). Buenas tardes, señoritas.

HILDA.—Siéntese y continúe su trabajo.



MAGDALENA. — ¿Están ustedes paseando por aquí?

ALICIA. — Sí, por unos momentos... es decir, hasta que llegue el tren que ha de conducirnos á la Capital.

HILDA. — ¡Qué bello ha de ser vivir aquí, á orillas del mar, lejos del bullicio de la ciudad!



MAGDALENA. — No se equivoca usted, niña. Nosotros, los que habitamos en esta aldea, nos encontramos muy bien en ella... La alegría y la tranquilidad no nos faltan jamás. Con permiso de ustedes. (*Entra y vuelve con dos sillas que ofrece á las forasteras.*)

ALICIA. — (*Sentándose*). Gracias

HILDA. — (*Sentándose á su vez*). Muchísimas gracias.

(*Se oye la voz de MARGARITA, fuera, que canta.*)

MÚSICA

MARGARITA

Soy la pescadora,  
Vengo de pescar,  
Mi mejor amigo  
Es el amplio mar.

Cuando la pesca  
Ha sido buena  
Estoy contenta  
Estoy risueña.

Cuando de la mar  
Sal la red vacía,  
Hállase muy triste  
La pobre alma mía...

Cuando la pesca  
Ha sido buena  
Estoy contenta  
Estoy risueña... etc.

ESCENA SEGUNDA

LAS MISMAS y MARGARITA

(MARGARITA *entra cantando. Está descalza, usa pollera corta y blusa blanca. Trae una canasta de pescado.*)

HILDA. — ¡Qué graciosa pescadorcilla! (Á MARGARITA). ¡Qué bien cantas, querida!

MARGARITA. — (*Avergonzándose*). Sé que mi voz poco vale, pero canto porque estoy contenta y porque todos cantan aquí... (Á MAGDALENA). Mamá, ¿quiénes son estas señoritas?

MAGDALENA. — Son dos viajeras que están aquí de paso, quienes acaban de decirme agradecerles mucho estos parajes.

MARGARITA. — ¡Oh, las ciudades son también muy hermosas!

HILDA. — Hermosas, sí... pero casi todo lo que hay de bello en las ciudades, es obra del hombre, mientras que lo que hace atrayentes estos lugares es obra de la Naturaleza; y el hombre no es como ella, artifice tan perfecto... Niña ¿qué traes en esa canasta?

MARGARITA. — (*Descubriendo el pescado*). Pescado. Todos aquí somos pescadores y desde muy pequeños aprendemos á manejar la red y el anzuelo... y si ustedes se quedaran aquí un ratito más, verían llegar á los pescadores... Todos los días se reunen en esta plaza, en espera de Antonio, un comerciante que compra cuantos pescados le traen, para proveer á los mercados de la ciudad.

HILDA. — ¿Nos quedaremos un rato más, Alicia?

ALICIA. — No empiece de nuevo á lisonjearme con zalamerías... porque no seré condescendiente, puesto que no quiero exponerme á perder nuevamente el tren (*mirando el reloj*). Nos quedaremos hasta las cinco... ni un minuto más.



HILDA. — Bueno. (A MARGARITA). ¿Llegarán pronto las pescadoras?

MARGARITA. — Sí... ¿No oye usted ese canto? Es la canción que suelen entonar cuando vuelven de la pesca.

(Óyese el CORO, dentro, que canta.)

CORO — CANTO

Mientras iba en busca  
De algún buen bocado  
El pícaro anzuelo  
Mordió el pescado.

Y el pobrecito  
Que se chasqueó  
En el anzuelo  
Preso quedó.

ESCENA TERCERA

(LAS MISMAS y LAS PESCADORAS, que entran con redes y canastas con pescados. Entran cantando.)

CORO — CANTO

Y el pobrecito  
Que se chasqueó  
En el anzuelo  
Preso quedó...

HILDA. — (Con entusiasmo). ¡Qué encanto! ¡Qué bella canción! ¡Qué guapas pescadoras!

ALICIA. — (A MAGDALENA). ¿Estas jóvenes son todas pescadoras?

MAGDALENA. — Pescadoras ó bien hijas de pescadores.

ESCENA CUARTA

LAS MISMAS y ANTONIO, *éste viste de pescador.*

ANTONIO. — Buenas tardes... ¿Qué tal? ¿Traéis algo bueno?

UNA PESCADORA. — Traigo unas pescadillas enormes.

OTRA. — Y yo, merluzas y pejerreyes.

OTRA. — Y yo, anchoas tan grandes como las ballenas.

*(Todas descubren sus canastas.)*

ANTONIO. — Muy bien; lo compraré todo.

MARGARITA. — *(A ANTONIO).* Antes de empezar tu compra, ¿por qué no cantas algo? Tú, Antonio, tienes una voz muy linda.

ALICIA. — *(Mirando el reloj).* Que cante... Afortunadamente podemos quedarnos un rato más.

HILDA. — *(Aparte).* La alegría y el canto de estos pescadores, han tenido el mágico poder de despertar algún interés en el ánimo de mi austera institutriz. *(A ANTONIO).* Cante... nos hará un verdadero obsequio...

ANTONIO. — *(Quitándose el gorro, saluda respetuosamente á las señoritas, y dice):* Cantaré, con tal que me acompañen las pescadorcillas.

VARIAS PESCADORAS. — Lo haremos con el mayor placer.

## CANTO

ANTONIO

Cuando en el mar  
 Reina la calma,  
 Del pescador  
 Quieta es el alma  
                   porque el Señor  
                   nunca abandona  
                   al pescador.

*(El CORO repite esta última estrofa.)*

## MÚSICA

ANTONIO

Cuando la barca  
 Boga ligera  
 Y se aproxima  
 Á la ribera  
 Damos las gracias  
                   al Hacedor,  
                   que no se olvida  
                   del pescador.

*(HILDA y ALICIA aplauden. Las pescadoras agradecen los aplausos. ALICIA vuelve á mirar el reloj.)*

HILDA.—*(A las pescadoras)*. Cantad... cantad...

UNA PESCADORA.—Si no estuviera tan apurada la complacería gustosa.

ANTONIO.—*(A las pescadoras)*. Os atenderé...



*(Empieza á revisar los pescados. HILDA y ALICIA se levantan y se acercan á las pescadoras; en ese momento óyese dentro el silbato de una locomotora.)*

ALICIA. — El tren... Ya llega á la estación. Vámonos corriendo. ¡Pobres de nosotras si lo perdiéramos por segunda vez!

HILDA. — *(Saludando á los pescadores)*. Adiós, buenos pescadores... Siempre me acordaré de esta aldea y de los momentos felices que pasé en ella.

*(Los pescadores saludan respetuosamente á las señoritas.)*

ALICIA. — Yo también no olvidaré las melodías de vuestras canciones, porque vuestro canto refleja la tranquilidad de vuestra alma. Adiós. *(Se van.)*

---



## EL REGALÓN DEL ABUELO

### MONÓLOGO

¡Qué ventaja tan grande es ser el regalón del abuelo!

Yo, por serlo del mío, hablo con conocimiento de causa!

¡De cuántos trances apurados, de cuántas penitencias me ha salvado el buen anciano!

— Abuelito : — le dije un domingo de primavera — Hoy todos van á paseo, ¡y yo, porque he roto, sin querer, la muñeca de Josefa, tendré que quedarme en casa!...

Y dos lagrimitas, de aquellas que siempre tengo á mi disposición para ciertos casos, rodaron por mis mejillas.

Abuelito me las secó con su pañuelo, y acariciándome, me dijo:— No te aflijas, yo todo lo arreglaré... ¡Qué ocurrencias las de tu mamá! Privarte de una diversión porque has roto una muñeca!...

Abandonó luego su silla y se fué en busca de mi madre.

La encontró en el jardín, y con un tono de voz que á la vez era brusco y burlón, le dijo:— Acaban de enterarme que usted, mi muy señora hija, tiene la pretensión de que las muñecas que compra para sus *chicuelas*, les duren sanitas hasta el día en que se casen, y que, justamente porque Luisito ha tenido la desgracia de romper un *mamarrachito de biscuit*, no lo dejará salir hoy á paseo.

— Pero—contestóle mamá—usted no sabe aún...

— No quiero saber nada, sino que usted para demostrarme la bondad de sus nuevas teorías, tendrá que empezar por abonarme las cien muñecas, si no son más, no son menos, que le compré cuando era pequeña, y que fueron rotas toditas por usted, sin el auxilio de ningún hermano.

En los labios de mamá, bosquejose una graciosa sonrisa; miró con ternura á su buen padre, y me dijo:—Tu defensor es más elocuente que el mismo Cicerón; te ha defendido espléndidamente... y saldrás á paseo.

En otra ocasión, el buen hombre me salvó de un verdadero conflicto:



Es necesario que antes de detallaros el suceso, os confiese que en el tiempo en que éste acaeció, yo era bastante desaplicado...

¡Claro, á veces un niño no puede tener todas las virtudes!

Pero ahora soy estudioso, estoy en tercer grado, y abuelito lo cuenta con orgullo á quien lo quiere y hasta á quien no lo quiere saber.

Una mañana, hace de esto un mes, fui á la escuela deseando que terminaran rápidamente las horas de clase, porque papá me había prometido llevarme por la tarde, al teatro San Martín.

En vano procuraba prestar atención á las palabras de la Señorita, mi mente no pensaba más que en los saltos mortales, en las ocurrencias de los payasos, y todo eso me interesaba mucho más que las explicaciones que sobre Aritmética nos daba la maestra.

Mi distracción no pasó inadvertida á la señorita, que, cansada de reprenderme varias veces sin resultado, un momento antes de la hora de salida, me dió una cartita diciéndome que la entregara á mi padre.

En seguida me dí cuenta de que esa misiva sería la que me condenaría á no ir al teatro... y pensé no entregársela á papá, pero entonces mi con-



ciencia me dijo: «Eso no se hace... los niños buenos deben obedecer á sus maestros.»

El temor al remordimiento me hizo tomar la resolución de entregar la cartita á mi abuelo, y, ni bien llegué á casa, corrí á su aposento.

El pobre viejecito estaba enfermo de reumatismo y no podía moverse del sillón.

—Abuelito — le dije, después de haberlo besado cariñosamente — traigo una mala noticia.

—¿Cuál, hijo mío?

—Ésta, y le dí la carta, contándole, sin olvidar pormenores, lo que había pasado en la escuela y notificándole el temor que abrigaba respecto del castigo que me daría papá.

La carta estaba abierta; abuelito la quitó del sobre, se puso los lentes y la leyó con atención.

En pocas palabras, la maestra decía á papá que me obligase á escribir quinientas veces la frase: «Debo prestar atención á las explicaciones de mi maestra.»

—Tu situación es grave, pero como los buenos amigos se conocen en los momentos difíciles, haré de mi parte lo que pueda para salvarte.

Por ahora, anda á comer y después irás con tu padre al teatro, y cuando vuelvas hablaremos.

—¿Y cuándo escribiré las repeticiones? — le pregunté.

—Obedéceme... y déjame pensar.

Me fuí relativamente contento. Á mi regreso,

corrí al dormitorio de mi abuelo, y, él, aun antes que yo hablara, me dijo:

—¿Me prometes que desde hoy en adelante, tratarás de ser siempre bueno y aplicado?

—Sí, abuelito, se lo prometo —le contesté.

—Entonces, ya no tienes que escribir una sola repetición. Sólo llevarás esta esquelita á tu maestra.

—¿Escribió usted las quinientas oraciones?

—No he escrito nada, ni he dicho á tu maestra mentira alguna.

—Entonces ella me castigará.

—No, señor curioso. Saque la esquila y lea.

—¡Querido abuelo mío, qué bueno eres!

(*Al público*).

—Sabéis qué decía la cartita?

Poco más ó menos, lo siguiente:

«Apreciable señorita:

Luisito es un poco travieso, pero no es malo y me ha prometido ser obediente y estudioso. Él es mi regalón y ayer me propuse salvarle de la situación difícil en la cual usted le había colocado, exigiéndole escribiera aquellas repeticiones.

Pensé ayudarle á escribirlas, pero como soy ya anciano y mi mano tiembla, resuelvo la cuestión en otra forma, rogándole quiera poner al pie de la presente *un visto bueno* en homenaje á la promesa de Luis.»

Y luego había una extraña multiplicación.

El multiplicando lo formaban las palabras: «debo prestar atención á las explicaciones de mi maestra»;



el multiplicador lo constituía el número quinientos, y el producto estas otras palabras: «La multiplicación es una suma abreviada.»

No pude contener una sonrisa, y mirándole furtivamente, pensé: ¡Qué pillete habrá sido cuando chico!

Llevé á mi Señorita la ocurrente esquila, y ella, después de haberla leído, me miró con benevolencia, y me dijo:

—¿Serás de veras estudioso?

—Sí, Señorita—le contesté—seré bueno y aplicado, porque sólo ambiciono ser digno del aprecio de quien con tanta ternura me acaricia y proclama « su regalón. »

---



## EL ESCUDO NACIONAL

COMEDIA PARA NIÑOS

PERSONAJES :

RÓMULO, tío de PERICO, ALBERTO, ADOLFO y ARTURO

ESCENA ÚNICA

RÓMULO. — Y Perico... ¿dónde está? ¿Por qué no viene á saludarme?

ALBERTO. — No quiere venir, porque se portó mal en clase.

RÓMULO. — ¿Se quedó en penitencia?

ADOLFO. — No, tío. La maestra le perdonó. Imagínese que no supo una sola palabra de la lección, que era muy fácil.

RÓMULO. — ¿Cuál era la lección?

ADOLFO. — El Escudo Nacional. Perico no supo dibujarlo en la pizarra, y lo que es aun peor, no supo describirlo.

ALBERTO. — Bástele saber, que por un momento tuve vergüenza de ser primo suyo...

RÓMULO. — ¡Hola! Entonces, tú sabrás perfectamente lo que no supo tu primo... Á ver, explícanos los símbolos del Escudo.

ADOLFO. — Yo no sé muy bien; pero, por ejemplo, sé que en todas las escuelas hay un Escudo Argentino sobre la puerta de calle.

RÓMULO. — ¿Cómo, sabiendo sólo eso, tenías la audacia de burlarte de Perico? Adolfo, hazme el favor de llamar á ese picaurolo...

ADOLFO. — (*Asomándose á la puerta*). Pedro, te llama tío Rómulo.

PERICO. — (*Asomando la cara*). ¿Qué quiere?

RÓMULO. — Venga para acá, señor borrico. ¿Por qué no estudió usted la lección, señor haragán? ¿Ya no se acuerda que le prometí que si se portaba bien en la escuela lo llevaría al circo?

PERICO. — Sí, tío, lo recuerdo. Pero la lección era difícil, y después, no podía dejar de pensar en que el hilo que tenía, no me alcanzaba para remontar el barrilete.

RÓMULO. — ¡Muy bien! No he de olvidarme del asunto del barrilete... Por el momento tenga la bondad de sentarse y prestar atención á lo que dirán sus primos del Escudo Nacional. Que venga Arturo.



ARTURO. — (*Entrando*). ¿Me llamaba usted, tío Rómulo?

RÓMULO. — Sí; quiero que expliques á estos señores algo que no han aprendido todavía...

Diles qué significado tienen, los símbolos del Escudo Nacional. Tú has de saber eso y te llevaré al circo...

ADOLFO. — Claro, lo llevará de seguro... ¡Cómo si no supiéramos que Arturo es su preferido!

RÓMULO. — Quien dice eso, falta á la verdad.

Si Arturo disfruta de algunas consideraciones, es porque las merece, puesto que es el más estudioso de mis sobrinos.

Espera, Arturo.. Veamos.

¿Quién de vosotros sabe mejor la lección del Escudo? Al que la sepa mejor le querré más. Alberto, dí, ¿qué quiere decir el sol naciente que adorna la parte superior del Escudo?

ALBERTO. — *Una nueva y gloriosa nación*, esto lo he leído en el libro de Arturo.

RÓMULO. — No está del todo mal la definición. Y los laureles que rodean el Escudo, ¿qué significan?

ALBERTO. — No me acuerdo.

RÓMULO. — Y tú, Adolfo, ¿qué me dices de los laureles?

ADOLFO. — Sé que son laureles.

RÓMULO. — Todos lo sabemos... y yo no pregunto eso... quiero saber qué simbolizan... Perico, ¿tú sabes?

PERICO. — Yo, tío, lo único que sé de los lau-

reles, es que sirven para dar sabor á las salsas y al estofado... (ADOLFO y ALBERTO *se ríen.*)

RÓMULO. — ¡Vaya una bonita contestación! ¡Qué vergüenza! Ninguno de vosotros se ha preocupado para nada del Escudo Argentino... Arturo, habla tú.

ARTURO. — El sol naciente de nuestro Escudo quiere decir lo que leyó Alberto en un libro: que una nueva nación nace á la vida de la Libertad.

Las ramas de laurel simbolizan la Victoria, es decir, aluden á las victorias alcanzadas en los campos de batalla por los argentinos; las manos entrelazadas significan «Fratenidad», y el gorro frigio que sostienen es el símbolo de la Libertad.

Los colores del Escudo son aquellos que *al cielo arrebataron nuestros gigantes padres*, como dice un verso muy bonito que aprendí de memoria. Nuestro Escudo tiene también una rama de olivo, que es símbolo de Paz.

RÓMULO. — Muy bien. (*Dirigiéndose á los otros.*) ¿Habéis oído?... Diréis aún que no es merecedor de algunas consideraciones, que no puedo tener para con otros que yo conozco...

PERICO. — Es que á mí no me gusta estudiar... y á Arturo sí.

RÓMULO. — Todo niño debe estudiar, si no quiere ser un ignorante.

ADOLFO. — Tiene usted mucha razón, tío, y yo trataré de imitar á Arturo para que usted me lleve al circo.

PERICO. — (*Suspirando*). Yo también estudiaré, aunque es tan lindo remontar barriletes!

ARTURO. — Tío, preste usted fe á las promesas de mis primitos... y llévenos á todos al circo.

RÓMULO. — Accederé á tu petición. Pero estos caballeritos deben tener presente, que éste, su señor tío, no se conforma solamente con promesas, y que espera que comprueben bien pronto con los hechos que son aplicados.

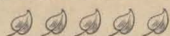
PERICO. — Se lo prometo yo en nombre de Adolfo y de Alberto.

ADOLFO. — ¡Viva el Escudo Argentino!

PERICO. — (*Suspirando y aparte*). Todo lo que han dicho me agrada... pero más me gusta jugar con mi *barrilete*. ¡Qué desgracia irremediable!

---





## ¡QUÉ DICHA ES, SER PEQUEÑA!

### MONÓLOGO

(*Al público*). ¡Hum!... Me miráis con una cierta expresión de burla que no me sorprende.

Vosotros ahora estáis pensando: ¿Qué nos sabrá decir esa niña tan pequeña que muy tranquilamente se presenta ante nosotros?

¿He adivinado? Sed francos y decid: Sí.

Pero no temáis; no os hablaré de cosas difíciles, sólo os diré algo de mí, de mi diminuta persona, citándoos las ventajas que reporta ser pequeña.

Si papá ó mamá compran algo nuevo, yo soy, quien, sin pasar por curiosa, puedo verlo primero que todos; si traen algo bueno, frutas ó bombones, la mejor y mayor parte de esas *tentaciones* es, sin duda, para mí; pues... el ser golosa, en mí no es pecado.

Además me es lícito pedir á los míos lo que deseo, sin que por esto se me critique; al contrario, todos hacen lo posible para contentarme.

— ¡Pobrecita! — me dicen, acariciándome — no

se le puede rehusar nada... ¡es tan graciosa y tan pequeña!



Á veces me atrevo, mediante bien estudiadas indirectas, á hacer entender á las personas que vienen de visita á casa, lo que desearía me regalasen; con la excusa de ser pequeña, me es dado «pelar la gallina, sin que por eso abra el pico.»

Si por desgracia causo algún perjuicio, se me disculpa.

El otro día, mi hermana mayor, Matilde, rompió un vidrio...

Todos la trataron de

distráda y de torpe...

Dos días después, mientras estaba jugando, dejé

caer un magnífico florero de Sèvres, que se rompió en mil pedazos.

—¿Qué han roto?... ¿Quién ha sido?—preguntó con enojo mamá.

Y mi padre contestó:

—Ha sido Maruja, que, sin querer, ha hecho caer un florero... ¡pobrecita!... no lo hizo de intento... ¡es tan pequeña!

A veces me he permitido algunas venganzas con las personas que no me quieren, y, sobre todo, con aquellas que no pueden soportar á los niños.

Sí, porque yo defiendo decididamente á todo pequeño; en esta época de solidaridad social, quiero demostrar que sé mantenerme *á la altura de los tiempos*.

El otro día habíamos sido invitadas para ir al teatro con la *señora Luisa*, digo señora, porque á pesar de ser una señorita tiene todo el aspecto de una persona mayor; mi abuelita me cuenta que iban juntas al colegio.

Yo no la quiero nada, porque no puede tolerar á los niños en general y á mí en particular; siempre, cuando me ve, me dice que soy una pilluela, una mal educada.

Seguramente ella pretendería que á los siete años fuese tan seria como lo es ella á los sesenta.

Fuí con mamá á buscarla á su casa, con una hora de anticipación.

Apenas hube llegado entré en su tocador para saludarla.

—¿Quién te ha dado permiso para que entres?  
-me dijo furiosa.



— He entrado, porque he encontrado la puerta abierta — le contesté — y porque, además, siempre entro en el tocador de abuelita, sin que ella se enoje... cierto es que mi abuela es mucho más buena que usted.

— Tu abuela no sabe educarte, y tú eres una impertinente — replicó ella...



Á medida que levantaba la voz, abría más la boca, y pude ver que no tenía ya un solo diente. Esto no dejó de sorprenderme, porque siempre la había visto con una dentadura bellissima.

— Discúlpeme — le respondí, ofendida, mientras en mi interior formulaba el propósito de vengarme...

Al salir, ví sobre una silla una linda peluca, peinada á la última moda; como las que se ven en la casa de Moussion...

Me dí vuelta, y ví que *misia Luisa*, tenía la cabeza casi del todo calva.

Me expliqué, en seguida; el motivo de su mal humor; en un solo momento había descubierto sus principales secretos.

Después de una media hora se presentó con

*sus espléndidos cabellos, y sus magníficos dientes,*  
y ataviada como una dama joven.

Había otros invitados, y todos llegamos al teatro á tiempo para ver empezar la función.

La señorita Luisa, con el cuerpo erguido, miraba y criticaba á todos; según su opinión, ninguna dama era elegante como ella. En un intervalo entró en nuestro palco un diputado, señor muy distinguido, que nos obsequió á todos con unos caramelos exquisitos. Yo, entonces, dije en voz alta:

— Señorita Luisa, ¿cuando come caramelos no le duelen los dientes postizos?

— Cállate, INSOLENTE — me dijo, moviendo con furor la cabeza.

— No haga tantos movimientos señorita, porque se le podrían caer peluca y sombrero y piense en la bonita figura que haría si todos vieran que tiene la cabeza casi completamente calva...

— Su hija es insoportable — dijo ella á mamá — y me sorprende que usted no la castigue como merece.

Mamá, sin duda, quería amonestarme, pero en seguida, todos, hasta el mismo diputado, en cuyos labios dibujábase una sonrisa maliciosa, intercedieron en favor mío.

— Pero, señorita — dijo el funcionario — cómo quiere usted tomar en serio las palabras de una niña tan pequeña?

Y yo salí airosa del paso, enseñando á aquella señorita, que los niños no toleramos el ser maltratados sin motivo.

Y ahora, aunque mi charla os hubiese cansado, ¿os atreveríais á manifestármelo?

Desaprobar lo que os acaba de decir con tanta gracia una niña tan chiquita, sería una falta de cortesía... que no tendría perdón.

Y yo, valiéndome una vez más de las prerrogativas que disfruto por ser pequeña, os envío un beso á todos, y en cambio os pido... *un aplauso.*

---





## ¡SI FUERA YA UNA SEÑORITA!

### MONÓLOGO

¡Qué feliz me conceptuaría, si en vez de ser una pequeñuela, fuera ya una señorita ó una joven señora como mi mamá!

Dejaría para siempre arrinconada esta pollera, que parece haberse propuesto no querer taparme las rodillas.

Hasta la moda, al imponernos á nosotras, las chicas, el uso del vestido corto, ha demostrado ternos pocas simpatías.

Es siempre por esta dichosa pollera que los mayores nos miran de más á menos, y apenas levantamos la voz, nos dicen : ¡ « Qué quieres saber tú, toda una chicuela, que aun llevas vestido corto! »

(*Reflexionando*). ¡ Como si entre el desarrollo de la inteligencia y la longitud de la falda hubiese alguna analogía directa !

Si fuera tan alta como mamá, me compraría una pollera larga, larguísima, de cola, y caminaría así... (*Caminando como si en realidad arrastrara una larga cola.*)

Me compraría también una linda blusa de encajes y un bonito sombrero de ala ancha y copa alta, adornado de plumas... de muchas plumas; todas de diferentes tamaños y colores... porque las plumas me agradan todas : las de avestruz, como las de cotorra; las de cisne, como las de paloma.

¡ Qué linda sería entonces !

(*Con entusiasmo*). Todos, conocidos y desconocidos, al hablarme, me dirían : — « Señorita »... — « Con permiso de usted, señorita... » — « Á los pies de usted, señorita »...

(*Con tristeza*). Y, sin embargo, debo convenirme de que mientras tenga tan pocos años y lleve pollera corta, no me será dado ser feliz !

Á mí, como á todas las personitas de mi estatura, no nos corresponde derecho alguno; debemos obedecer siempre, obedecer incondicionalmente, obedecer á los hermanos, á los padres, á los tíos, á los hermanos mayores, á los maestros, abuelos, bisabuelos, y á veces, hasta á los tatarabuelos !

Tenemos un parecido con aquellos pequeños galgos que de buena ó mala gana, deben seguir siempre al amo, con esta diferencia: que ellos, en la mayoría de los casos, tienen un amo solo... ¡mientras nosotras tenemos tantos... tantos!...

(*Suspirando*). ¡Cuánto tendré que esperar aún para llegar á ser una señorita!... y, mientras tanto, ¿qué haré, para que el tiempo pase más velozmente?

Mamá, me diría que leyendo, estudiando, dibujando, etc., las horas vuelan sin que uno se dé cuenta de ello... pero á mí no me hace mayormente feliz esta clase de diversiones!...



Si fuera ya una señorita sabría escribir versos, tocar en el piano sonatas de Chopin, sabría pintar cuadros de este tamaño... (*Al querer indicar el tamaño de los cuadros hace caer un costurero, cuyo contenido (dedales, papeles, agujas, etc.), se esparce por el suelo... Mientras recoge los objetos caídos, encuentra entre ellos, una carta.*)

¡Qué veo!... ¡Una carta!... (*Mirando el sobre.*)

La letra del sobre es letra de mi mamá; y la misiva está abierta, lo que significa que se puede leer. (*La abre y lee*). «Mi querida Enriqueta» (*al público*), Enriqueta es una hermana de mamá que está en el Paraguay.

(*Leyendo*). Me escribes, hermana mía, que estás triste, y que al acordarte de los bellos días de nuestra infancia, desearías que volvieran.



La edad feliz, la edad en que todo lo vemos color de rosa, la edad en que un juguete, una flor, una caricia, bastan para disipar de nuestro horizonte toda nube, los días en que nos besaba con cariño infinito ese ángel tutelar que se llama Madre... ésos, ya no volverán. No debes abandonarte á la tristeza. La vida es cosa seria y los deberes que nos impone son muchos. Hay que armarse de valor para afrontar con serenidad todas las luchas...

Solamente los débiles pierden lastimosamente el tiempo en quejas inútiles. Cuando veo á mi Amalia (*al público*), Amalia soy yo (*leyendo*) divertirse y jugar con la despreocupación y alegría propias de los niños, desearía que esas felices horas fueran para ella largas, eternas... (*Dejando de leer*). ¡Cómo! ¿Dice mamá en esta carta, que mi edad es la más bella de la vida?

Entonces llevar vestidos de seda y de cola, zapatos Luis XV y grandes sombreros con muchas plumas, ¿no hace feliz á uno?

Verdad es que mi madre ya no tiene á su lado á su propia mamá, á quien tanto quería...

¡Oh, si llegara á faltarme esa compañera adorada! ¡Qué desgracia tan grande, tan inmensa!

No, ¡ya no deseo que los años pasen con la rapidez del viento!... Ya no me conceptúo infeliz porque soy pequeña... y no lo seré, mientras me sea concedido mirar el amado rostro de mi buena y querida mamá.



## LA FIESTA DE NAVIDAD

ZARZUELITA MORAL Y FANTÁSTICA

PERSONAJES :

CECILIA — EL PADRE y LA MADRE — NIÑO-DIOS  
LOS ÁNGELES

*(La acción se desarrolla en la humilde casa de CECILIA. En el escenario estará la camita de la pequeña.)*

ESCENA PRIMERA.—*Anochece.*

CECILIA y LA MADRE

LA MADRE *está sentada, cosiendo; CECILIA á su lado*

CECILIA. — Mamá, mañana es Navidad. Hoy todas mis compañeras de clase estaban muy contentas, porque decían que el Niño-Dios les traería juguetes. ¿Será verdad?

LA MADRE. — (*Suspirando*). ¿Y por qué no, querida?

El Niño-Dios, á veces suele dar sorpresas semejantes.

CECILIA. — (*Con alegría*). ¡Qué contenta estoy, madrecita mía!...

¿Qué me traerá?

LA MADRE. — No sé... También puede suceder que se olvide de pasar por esta calle...

CECILIA. — No, no... eso no puede ser.

Si visita á todos los niños...

Mis amigas me lo han asegurado.

Para que lo creas, te baste saber, que el año pasado fué hasta la casa de Rogelia, que vive muy lejos... en Palermo, y le llevó un precioso árbol de Navidad, cargado de globitos y juguetes.

Si no se olvidó de ir hasta Palermo, ¿cómo quieres que se olvide de venir aquí?

Además, tú siempre me has dicho que Dios no se olvida de nadie... así que yo le espero.

LA MADRE. — (*Aparte y con pesar*). ¡Pobre hijita mía! (*A CECILIA*). Yo también espero que Dios no se olvidará de un angelito como tú, pero tenemos tan poca suerte!...

Tal vez este año no puedas festejar el día de Navidad como yo y tu padre hubiéramos querido... pero hay que tener paciencia y confiar en un porvenir mejor.

CECILIA. — (*Con lógica infantil*). No, madrecita, tú no me comprendes.

Lo que acabas de decir nada tiene que ver



con mis pensamientos. Si el Niño-Dios quiere á todos los niños y para todos tiene juguetes, los ha de tener para mí también que le quiero mucho... y si no viene esta noche, á más tardar, vendrá mañana.

LA MADRE. — (*A parte*). ¡Cecilia querida!... No quiero ni debo quitarte tus bellas esperanzas; merced á ellas, serás feliz por unas horas.

(*LA MADRE continúa cosiendo; CECILIA, bostezando, se sienta y canta soñolienta y á media voz.*)

## CANTO

Mañana el Niño-Dios  
Me ha de traer juguetes;  
Quisiera una muñeca,  
Buques y molinetes...

Madrugaré sin falta,  
Pues me he de divertir  
Vistiendo á mi muñeca  
Y... haciéndola dormir.

(*Al terminar la segunda estrofa se queda dormida, y LA MADRE la acuesta en la camita.*)

## ESCENA SEGUNDA

CECILIA, *dormida* — LA MADRE y EL PADRE

EL PADRE. — (*Entrando*). Buenas noches... ¿Cecilia duerme ya?

LA MADRE. — Acabo de acostarla. ¡Pobrecita! Se ha dormido pensando en el regalo que mañana ha de recibir del Niño-Dios.

En vano le dije que podía suceder que se ol-

vidara de pasar por aquí ; se acostó segura de que Él no la olvidaría.

EL PADRE. — Felizmente hoy, al pagarme, me dieron con anticipación el aguinaldo de Año Nuevo, y al pasar delante de un bazar, entré y compré para nuestra queridita, todas estas bagatelas...

LA MADRE. — ¡ Qué buena idea tuviste ! ¿ Á ver qué juguetes has comprado ? (*Abriendo la caja*). ¡ Qué lindos son ! ¡ Qué contenta se pondrá mañana la pobrecita ! Los pondré aquí sobre esta silla y junto á su cama, para que los encuentre al despertar.

De seguro creará que el Niño-Dios se los trajo. (*Mirando con ternura y complacencia á la niña*). ¡ Qué hermosa está !

EL PADRE. — ¡ Hermosísima !

CECILIA. — (*Dormida y soñando*). El Niño-Dios...

EL PADRE. — ¡ Angelito ! ¡ De seguro que está soñando con el regalo de Navidad !

LA MADRE. — Dejémosla dormir tranquila. Vámonos...

(*La besan y se van.*)

ESCENA TERCERA. — *El sueño de CECILIA*

CECILIA, *durmiendo siempre* — NIÑO-DIOS y ÁNGELES.

(*Entran al son de una marcha, rodeando el lecho de CECILIA.*)

CANTO — CORO

Duerme querida inocente ;  
El Niño-Dios con quien sueñas  
Vela por ti... y te quiere  
Como á todas las pequeñas.

Lindísima una muñeca  
Ha traído para ti;  
Lleva traje de princesa,  
Tiene cara de *biscuit*.

## CANTO

NIÑO-DIOS. — (*Solo*).

He querido complacerte  
Y para verte sonreír,  
Te he traído la muñeca  
Que termino de elegir.

Á los niños bondadosos  
Siempre Dios los ha querido...  
Á esas cándidas almitas  
Con amor he protegido.

(*Después de repetir en coro la última estrofa, se retiran.*)

## ESCENA CUARTA

CECILIA. — (*Despertando y mirando á su alrededor*). ¡Qué lindo sueño! He visto al Niño-Dios con muchos ángeles... ¡Cuán bellos eran todos! ¡Qué bien cantaban! Hasta me pareció que el Niño-Dios me besaba y me traía juguetes... ¿Dónde los habrá puesto? (*Mirando la caja*). ¡Aquí están!... (*Llamando en voz alta*). Mamá, papá, venid pronto... venid á ver el aguinaldo que me trajo el Niño Jesús!

## ESCENA QUINTA

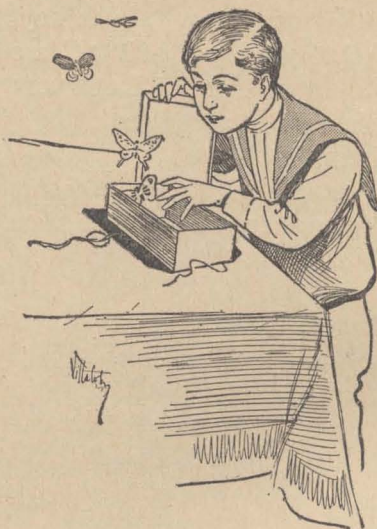
LA MISMA — EL PADRE — LA MADRE

CECILIA. — (*Haciendo ver los juguetes á LA MADRE*). ¿Has visto, mamá, qué lindos juguetes me



trajo el Niño-Dios... ¡Qué muñeca tan preciosa! ¡Qué payaso más bonito... ¿No sabes, papá mío, que mamá ayer me decía que tal vez hoy no tendría juguetes? ¡Qué desatino, eh? ¿Cómo creer que Dios se olvidara de mí? (A LA MADRE). ¿Quién de las dos fué mejor adivina?

LA MADRE. — Tú, querida. Y así debía ser, puesto que es bien cierto que Dios no se olvida jamás de los ángeles que, como tú, tienen fe en Él.



## CURIOSIDAD

### MONÓLOGO

*(En el centro del proscenio una mesa, y sobre la misma una cajita cerrada.)*

ROMEO

*(Al dejar un libro sobre la mesa ve la cajita).*  
¿Qué será esto? ¿Qué contendrá esta caja?

Si todo el día no me oyera decir que soy la curiosidad personificada, la abriría. *(Examinándola detenidamente)*. Y lo más raro del caso es que está lacrada, y tiene unos agujeritos en la tapa...

Hay una dirección... (*leyendo*) la de papá.

¡Oh!... ¡ya comprendo!... ¡Vaya, si comprendo!... Con ella (*señalando la caja*) se ha querido poner á prueba mi curiosidad.

Todo esto debe haber sido obra de mi abuelita... ¡porque ella sola está dotada de tanta astucia y de tanta paciencia!...

¡Porque se ha necesitado paciencia para agujerear en esta forma, esta tapa!

—Voy á reirme á expensas de Romeo, se habrá dicho (*señalando la caja*), y aquí está la trampa. Pero, abuelita querida, por esta vez se ha equivocado usted... No pienso hacer el papel de lobo, sino el de zorro... y no caeré en la trampa. (*Después de reflexionar, y, dirigiéndose al público*). ¿Os parece que habrá algo en esta caja?

La puedo sostener con un dedo... y, por lo tanto, debe estar vacía...

Ninguna de las abuelitas que se encuentran en este recinto, ¿ha tendido jamás una celada semejante á sus nietos?

Es que no todos los niños son tan curiosos como yo.

No sé... ¡Oh! (*resolviéndose*), la abriré.

Paréceme oír una voz que me dice: «Romeo, sé hombre una vez en tu vida... abre la caja... y nada temas.»

(*Abre la caja y sale volando una mariposa.*)

¿Qué hice? Aquí dentro de la caja hay un papel. Leamos.

(*Leyendo*). «Amigo mío: Te envío la mari-



posa de que te hablé. Es uno de los más raros ejemplares de la especie, y te la mando viva para que la conserves, según tu procedimiento. Te saluda atentamente tu amigo. — RÓMULO VIEYTES.»

¡Desgraciado de mí! Era una mariposa que el doctor Vieytes mandaba á papá para su colección. Ahora sí que, con más razón, me tratarán de curioso!

¡Alguien viene!... Tal vez papá mismo ó abuelita... Quizás vengan en busca de la mariposa... Me voy... Me escapo...

(*Al público*). Público querido, ven en mi ayuda. Yo me retiro, y al primero que se presente (*señalando á un espectador*), usted, por ejemplo, puede decirle, que si he abierto la caja ha sido porque todo el público deseaba saber qué contenía.

¿No se lo dirá usted?

¡Entonces estoy arruinado!

(*Suspirando*). ¡Qué cosa fea es ser curioso.

---



## AMOR FRATERNAL

ZARZUELITA MORAL EN DOS PARTES Y TRES CUADROS

PERSONAJES :

AMALIA — CORA — LA MADRE — LA MAESTRA  
CORO DE NIÑAS

### PRIMERA PARTE

*(Es de mañana. AMALIA y CORA están preparando sus útiles para ir á la escuela.)*

AMALIA. — *(Con ironía)*. ¡Cómo te has lucido ayer!... Has hecho como el grajo de la fábula que para embellecerse se adornó la cabeza con las plumas que traidoramente arrancara de la cola de un pobre pavo real, que tuvo la desgracia de caer bajo sus uñas de ave de rapiña.

CORA. — *(En tono de burla)*. ¿Y quién de nosotras es el ave de rapiña?

AMALIA. — Creo que tú...

CORA. — *(Siempre en tono de burla)*. ¡Es cierto! Tú, entonces, eres el pavo... ó, mejor dicho, *la pava real*...

AMALIA. — No... Yo soy la de siempre; la demasiado prudente... la demasiado buena... la...

CORA. — Sí; no hay que ponerlo en duda: eres una alhaja.

AMALIA. — Y tú una mala niña. Ayer te condujiste como tal.

¿Te parece que una chica de buenos sentimientos, se hubiera atrevido, como tú lo hiciste, á esperar que me ausentara un momento para copiar íntegra mi composición, y hubiera tenido la osadía de presentarla á la maestra, como trabajo propio, como tú la presentaste?... No...

CORA. — Copié tu narración, porque el tema era difícil y no lo sabía desarrollar...

AMALIA. — Si me hubieras pedido ayuda, no te la habría negado.

CORA. — La maestra no quiere que hablemos en clase; tú, lo sabes.

AMALIA. — Por mucho que hables no encontrarás una excusa aceptable. Para reparar el mal que me has hecho, espero que hoy llames aparte á la Señorita, y le cuentes cómo pasaron las cosas, para que me borre el cero con que me clasificó ayer en Idioma Nacional, creyendo que yo hubiese copiado de ti, mi composición.

Á la maestra que teníamos antes no le hubieras pasado tan fácilmente gato por liebre, porque, por haber estado más tiempo con nosotras, sabía bien que eres una negligente... una *Miquelazo*.

CORA. — Yo no diré jota; y, cuidadito con insultarme.



AMALIA. — (*En voz muy alta*). — Si quieres que te deje en paz, prométeme que hoy harás de tu parte todo lo posible para que la Señorita mejore mi clasificación.

CORA. — No, y ruégote no levantes demasiado la voz, porque podría oírnos mamá, y entonces...

AMALIA. — (*Siempre con alteración*). ¡Que nos oiga! Cuando se entere de lo ocurrido, me dará razón, y no lo dudo, te dará un buen castigo.

(*Entra LA MADRE.*)

LA MADRE. — ¿Qué pasa?

AMALIA. — (*Con confusión*). Nada, mamá.

LA MADRE. — No me engañaba. Estabais riñendo.

AMALIA. — Es que Cora...

CORA. — (*Interrumpiéndola*). No, es que Amalia...

LA MADRE. — ¡Basta! Ni una palabra más. (*Pesarosa*). ¡Qué doloroso es para mí, ver á mis hijitas faltarse mutuamente al respeto, demostrando no estar unidas íntimamente por el lazo de un puro amor fraternal, que es bálsamo del corazón!

(*Con severidad á las niñas*). En vez de quereros y ayudaros como deben hacerlo dos buenas hermanas... ¿os parece decoroso perder el tiempo en discusiones enojosas, que hasta os han hecho olvidar que ha llegado el momento de ir á la escuela?

CORA. — (*Mirando el reloj*). Es cierto... Ya van á ser las ocho.

AMALIA. — Vámonos. (*Se ponen el sombrero, saludan á su madre y se van.*)

## SEGUNDA PARTE

*(En la escuela)*

ESCENA ÚNICA

AMALIA — CORA — LA MAESTRA — CORO DE NIÑAS

*(Al fondo de la escena un pequeño proskenio.)*

LA MAESTRA. — ¡Silencio!... Por última vez ensayaremos los cuadros vivos, para la fiesta de mañana.

Vamos á ver el primer cuadro, que se titula:  
LA MADRE MUERTA.

CUADRO PRIMERO

*(Sube el telón del pequeño proskenio y aparece una habitación pobremente amueblada; se ve un lecho, sobre el cual descansa LA MADRE MUERTA. De rodillas, junto al lecho de la misma, están llorando dos niños de diez á doce años. Una niña, la mayor, de unos diez y siete años de edad, estrecha en sus brazos al más pequeño de sus hermanos; la rodean otras dos niñas. La joven está triste, pero con su mirada deja comprender á sus hermanos que ella les servirá de madre). (Desciende el telón.)*

LA MAESTRA. — Pasemos al segundo cuadro, que se titula: LA OBRA DE LA BUENA HERMANA.  
*(Sube nuevamente el telón.)*

CUADRO SEGUNDO

*(Es de noche. En el mismo aposento, siempre pobremente amueblado, reinan el aseo y el orden. Las dos niñas están haciendo sus deberes.*

*Uno de los varones mayores, está limpiando una de las herramientas que usa para trabajar de mecánico. El otro, está dibujando. La niña mayor está cosiendo á máquina, y sobre una silla hay una cantidad de costura terminada.*

*Se comprende que la buena joven enseña con el ejemplo á sus hermanitos á ser laboriosos. En un rincón de la pieza, duerme en una camita el menor de los niños). (Desciende el telón.)*

LA MAESTRA. — Pasemos al tercero, muy interesante por cierto, porque en él vése que la buena hermana ha logrado, con sus esfuerzos, educar á todos sus hermanitos, quienes aprovechan el día de su cumpleaños para demostrarle el aprecio y cariño que le profesan. (*Sube el telón.*)

#### CUADRO TERCERO

*(Ocho años después — El onomástico de la buena hermana.)*

*(La acción se desarrolla en el comedor de una casa modesta. Los personajes son los mismos. Los hermanos, ya grandes, están al rededor de una mesa preparada con buen gusto.*

*La hermana mayor, ya algo avejentada, está á la cabecera. Los varones, con las copas en la mano brindan á la salud de quien fué para ellos una segunda madre. Los niños le ofrecen flores.*

*El rostro de la joven festejada refleja la emoción que embarga y conmueve su espíritu). (Desciende el telón.)*

LA MAESTRA. — Ahora entonad todas el bello canto, que es un himno al amor fraternal.



## CANTO — CORO

Bello grupo de hermosas estrellas,  
Lindo tallo de un mismo rosal,  
Son las niñas que nunca en querellas  
Ultrajaron su amor fraternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo  
Que derrama el cariño de hermano!  
Es tan dulce en el áspero suelo  
Estrechar en la nuestra, una mano!

Contemplant el semblante inocente  
Del que duerme al arrullo materno,  
É imprimir en su adorable frente  
Nuestro beso de amor dulce y tierno.

Escuchar este nombre de hermana  
Que tan grato resuena al oído,  
Que disipa la angustia tirana  
Que mitiga el doliente gemido.

El decir: Sangre tuya es la mía,  
Nuestro ser, al ser mismo debemos,  
Y una mano en el Mundo nos guía  
Y el amor de una madre tenemos!

*(Tiene su música.)*

Respetad ese lazo sagrado  
Con que Dios al nacer nos unió...  
¡Ay del niño que el nombre ha injuriado  
Del que padre á su padre llamó.

*(Stella.)*

*Terminado el canto, CORA y AMALIA se miran,*

y, respondiendo á un mismo impulso de afecto, se abrazan.)

CORA. — (*Emocionada y aludiendo á los cuadros vivos*). ¡Cuán diferente de nosotras era la buena hermana! Hoy mismo confesaré mi falta á la maestra, y tú, perdóname...

AMALIA. — (*También emocionada*). No... No le digas nada... Sólo quiero, que, desde hoy, formulemos la bella promesa de querernos siempre, para demostrar á mamá, que somos de veras dos buenas hermanitas.





## PARA AMENIZAR LA FIESTA DEL ÁRBOL

### RECITACIÓN

La bella primavera vuelve á visitarnos, anunciándonos que la Naturaleza recobrará sus galas.

Germinarán en la tierra las semillas que sembró el hombre, los árboles se cubrirán de verdes hojas, y en los jardines las flores abrirán sus corolas... Y nosotros, venimos, hermosa primavera, á contribuir á tu obra.



Traemos un tierno arbolito, y á tu amor lo confiamos. Recíbelo, madre tierra, en tu fecundo regazo; tú, que eres generosa; tú, que tienes el poder de transformar en espiga la semilla que el labrador arroja en el surco.

Las riquezas, de las que tanto se enorgullece el hombre, son obra tuya, madre Naturaleza... que eres emblema de lo grande, de lo sublime.



Los arbolillos que hoy plantamos, tienen mucha semejanza con la vida serena de los niños.

También nosotros tenemos en nuestros padres y en el maestro, los jardineros que arrojan en nuestra inteligencia y en nuestro corazón la semilla que se convertirá en espiga... y seremos árboles llenos de vigor y de fuerza.

Los arbolillos que aquí plantamos,  
 Si amantes los cultivamos,  
 Serán un día, grandes y... añosos;  
 De lindas frutas, su mies darán  
 Correspondiendo al afán  
 De los labradores hacendosos.

Como el arbusto, crecerá el niño,  
 Y blanca como el armiño  
 Será su alma, si de quien le educa  
 Acatará el verbo... La educación  
 Ennoblece el corazón,  
 Y es riqueza que jamás caduca.



## EL FANTASMA

COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES:

LUISA y ADA, *hermanas* — ANITA — ESTELA  
— ENRIQUETA y ANTONIO, *hermanos*.

(ANTONIO *es un jovencito de 15 años.*)

ESCENA PRIMERA

LUISA y ADA

LUISA. — Ya he terminado mis deberes... ¿y tú?

ADA. — Aun me falta repasar la lección de gramática.

LUISA. — Mañana la repasaremos juntas. Ahora estoy cansada de estudiar.

ADA. — ¿Quieres que miremos las figuras del libro grande?

LUISA. — Bueno... ¡Son tan lindas!...

## ESCENA SEGUNDA

(Mientras ADA se dispone á ir en busca del libro, se abre con ímpetu la puerta y entran precipitadamente ANITA, ESTELA y ENRIQUETA.

ESTELA. — ¡Qué susto! ¿Todavía estamos vivas, Anita?

ANITA. — Vivas, sí... pero muy asustadas...

ENRIQUETA. — Bien asustadas... Nos hemos salvado por milagro.

LUISA. — ¿Qué os ha pasado?

ESTELA. — (Con circunspección y misterio). Hemos visto un fantasma.

LUISA. — ¿De veras?

ESTELA. — Sí, sí... oye: Estábamos tranquilas en el comedor. Antonio estaba dibujando. Anita me hablaba de un fantasma, que, según lo que le contó una amiga, un día entró en el aposento de una niña muy buena, dejándole como recuerdo de su visita, una preciosa muñeca. Yo entonces le pregunté á Anita, si le agradaría que el fantasma la visitara...

ANITA. — Sí, pero yo te dije en seguida que no me haría feliz esa visita, porque les tengo mucho miedo á los fantasmas, á los duendes, etc.

ENRIQUETA. — ¡Oh, sin que lo repitas, ya sabemos que siempre has sido una gran miedosa!

ESTELA. — (Á ENRIQUETA). ¡No te jactes de valiente!

Te asustaste más que Anita y yo, cuando apareció el fantasma.



LUISA. — Sigue contando...

ESTELA. — Sigo... Mientras estábamos hablando del fantasma, llega Enriqueta y nos propone venir á visitar á ustedes. Naturalmente, la propuesta nos agradó, y como ni mamá, ni papá se encontraban en casa, pedimos á Antonio permiso para venir. Él accedió á nuestra petición y las tres nos dirigimos hacia aquí. El farol de la escalera estaba apagado.

ANITA. — (*Asustada*). ¡Oh, qué miedo!

ENRIQUETA. — No seas tan miedosa, Anita.

ESTELA. — (*Impaciente*). — Si no se callan, no cuento nada más.

ADA. — Sigue contando, Estela, no te interrumpiremos ya.

ESTELA. — Como os dije, nos hallábamos á oscuras. Anita iba adelante y cantaba, porque siempre que tiene miedo, canta. Enriqueta y yo íbamos juntas. (*Suspirando*). Yo pensaba aún en el cuento del fantasma... cuando...

LUISA. — (*Con curiosidad*) ¿Cuándo... qué?...

ESTELA. — Cuando vimos venir hacia nosotras una figura alta, tan alta como un palo del telégrafo... Vestía de blanco como los duendes de media noche, el rostro no se le veía, y en una mano llevaba una canasta.

ADA y LUISA. — ¡Qué miedo, Dios mío!...

LUISA. — ¿Quién era ese monstruo?

ESTELA. — El fantasma...

ADA. — ¿Y habló?

ESTELA. — No habló... pero aunque hubiera

hablado, te crees que hubiéramos comprendido sus palabras?

ADA. — Los fantasmas no hablan nunca.

LUISA. — ¿Y en la canasta, qué llevaba?

ANITA. — No nos atrevimos á preguntárselo...

LUISA. — Yo se lo hubiera preguntado.

ESCENA TERCERA

LAS MISMAS y EL FANTASMA

*(Las niñas, al verle, huyen á un rincón.)*

EL FANTASMA. — *(Con voz cavernosa)*. ¿Quieres saber, Luisa, lo que contiene la canasta?

ENRIQUETA. — No creía que los fantasmas hablaran... ¡Qué miedo!

ESTELA. — *(Á ANITA)*. Háblale tú, Anita... A ti no te hará nada, porque eres la menor...

LUISA. — *(Á ENRIQUETA)*. Será mejor que le hables tú que eres la mayor...

ENRIQUETA. — Prefiero quedarme sin lengua...

ESTELA. — Hablaré yo entonces, pero, mientras yo hablo... quedaos todas aquí conmigo...

LUISA. — No temas... No te abandonaremos...

ESTELA. — *(Con voz trémula)*. Fantasma, ¿quién eres? ¿Qué deseas?

*(EL FANTASMA se quita bruscamente el ropaje blanco.)*

TODAS. — ¡Antonio!

ESTELA. — ¡Buen susto nos has dado!... ¡Qué broma pesada, la tuya!

ADA. — ¡Qué barbaridad!

ANTONIO. — Tranquilícense, y escúchenme... Mien-

tras estaba dibujando, llamóme la atención el diálogo que sostenían Estela y Anita. Hablaban de un fantasma y no tardé en comprender que las dos creían en la existencia de esos seres quiméricos. Entonces tuve ganas de demostrarles que los duendes y los fantasmas, sólo existen en la imaginación de quien, por creer en las historietas que cuentan las personas ignorantes, crecen miedosos... y resolví disfrazarme de aparecido...

ANITA. — Tuviste una buena idea... pero eso no quita que me hayas hecho morir de miedo durante dos horas...

LUISA. — Basta de sustos... y de duendes... (A ANTONIO). ¿Se puede al fin saber que lleva en esa canasta, señor fantasma?

ANTONIO. — Son peras que nos mandan de la quinta.

ADA. — Dame una...

ENRIQUETA. — Y otra á mí...

ANTONIO. — Esperen... hay para todos... pero antes de empezar á distribuir las, quiero me prometan no ser más miedosas.

ANITA. — Te lo prometo en nombre de todas, con tal que me des las peras más maduras, porque fuí la que más miedo tuve al fantasma...





## Á LA PATRIA

### ALEGORÍA PATRIÓTICA

#### CUADRO PRIMERO

#### LA PATRIA, *sola*.

LA PATRIA. — ¡Fausto día es este para mí!

Hace ahora cien años, mis queridos hijos me dieron su primera prueba de cariño... Desde entonces, ¡cuánto he prosperado!

¡Sobrados motivos tengo para considerarme la más afortunada, la más dichosa de las madres!

## CUADRO SEGUNDO

*(Á los primeros acordes del Himno Nacional entran niños y niñas. Todos traen un ramo de flores y se colocan al rededor de LA PATRIA formando un semicírculo. Los niños cantan las primeras estrofas del Himno; después una niña pequeña sale de la fila, se adelanta hacia LA PATRIA, y mientras le entrega su ramo de flores, dice:*

## LA NIÑA

Recibe, ¡oh, Patria! de mis amores,  
 Estas fragantes y bellas flores;  
 Te las ofrecen con mil cariños  
 Todos estos niños...  
 ¡Eres tan bella!... Te amamos tanto...  
 De un amor puro, de un amor santo,  
 Que te queremos hacer dichosa  
 ¡Oh, Patria gloriosa!

*(Apenas la niña ha terminado de hablar, los demás pequeños desatan sus ramos y tiran las flores á los pies de LA PATRIA.)*

LA PATRIA. — *(Con emoción)*. Gracias, hijitos queridos. ¡Qué extraña elocuencia es la vuestra! Sin recurrir á términos rebuscados, conseguís más éxito que el mejor de los oradores!

Vuestras palabras han conmovido hondamente mi corazón.

En vosotros cifro mis más bellas esperanzas, puesto que un día os corresponderá la misión de

conservarme libre é independiente y os incumbirá el deber de mantenerme grande y poderosa como lo soy actualmente.

Tengo fe en vuestras promesas, en vuestro cariño, en vuestra laboriosidad.

CUADRO TERCERO

*(A los acordes de una marcha entran varios niños y niñas vestidos de obreros. Son más altos que los que han entrado antes, y se colocan detrás de éstos. Un pequeño obrero, avanza, entrega un ramo de «No me olvides», á LA PATRIA, y dice:)*

OBrero. — Patria, agradece nuestros plácemes y los augurios que por tu prosperidad formulamos.

Nosotros, los obreritos, somos buenos hijos tuyos; merced á nuestra laboriosidad las industrias progresan... y el comercio prospera...

Puedes estar segura de que no desmayaremos en la empresa de crecer educados y buenos para hacerte honor.

Quien trabaja  
Rinde á la Patria homenaje,  
Quien trabaja  
Á la Patria brinda riqueza,  
Quien trabaja  
Es leal y buen ciudadano,  
Quien trabaja  
No teme á la triste pobreza.

LA PATRIA. — Las palabras que acabas de pronunciar elogiando al trabajo, me aseguran un porvenir de grandeza.



Bien cierto es que los obreros honrados y trabajadores son los que mayormente contribuyen al engrandecimiento de una nación.

Gratas me son las flores con que me habéis obsequiado, pero más me lo son vuestras bellas promesas.

Si seréis siempre laboriosos, honestos y buenos, el país que os vió nacer será á su vez siempre próspero y rico.

#### CUADRO CUARTO

*(A los acordes de una marcha militar entran varios niños. Llevan traje militar. Desfilan delante de LA PATRIA, y después de haberla saludado militarmente, se colocan á los lados de la misma formando dos breves líneas rectas.)*

EL JEFE DE LOS MILITARES. — Al fuerte brazo, al denuedo, á la intrepidez de nuestros antepasados, debes tu libertad.

La paz reina ahora en todo tu vastísimo territorio, dejándote prosperar.

Nosotros, los soldados, velamos y velaremos para que la tranquilidad de la cual disfrutas, no sea jamás turbada.

Ella es fuente inagotable de bienestar y riquezas... pero acuérdate que nuestras armas y nuestros brazos están siempre prontos para defenderte con valor... dado el caso de que alguien atentara contra tu integridad ó quisiera mancillar tu palio.

*(Señalando á la bandera.)*

El color de la pureza  
Con el del cielo, ostentas,  
Y con los rayos del sol  
Tus atractivos aumentas.  
Te llevaron los soldados  
De los Andes á través,  
Y de glorias y laureles  
Abundante fué tu mies.

LA PATRIA. — *(Poniéndose de pie)*. Gracias, jóvenes campeones...

Espero, para el bien de la humanidad toda y para el de mis hijos en particular, que la paz se mantenga inalterada.

Ya los soldados nativos diéronme brillantes pruebas de su valor y del profundo cariño que me profesaron.

No puedo, pues, dudar de la sinceridad de vuestras promesas.

Sois los dignos representantes de un ejército bien organizado, cuyas tradiciones constituyen un timbre de gloria para el pueblo argentino.

De modo que, todos, todos mis hijos me son igualmente queridos, y en las manos de ellos está confiado mi porvenir.

*(Recogiendo unas flores)*. Imitadme...

Recoged vosotros también las flores con las que me obsequiásteis.

Con ellas adornaremos la efígie de aquellos va-

lientes que hace ahora cien años me proclamaron libre.

Venid, seguidme...

Es vuestra segunda madre la que os dice que se debe siempre rendir un homenaje de gratitud á aquellos grandes é ilustres varones, cuyos nombres y hazañas ningún argentino debe olvidar...

Engalanemos con *No me olvides* los retratos de Castelli, Belgrano, San Martín, Saavedra, Moreno, Beruti, French, Pueyrredón, Chiclana, et-cétera.

CUADRO FINAL

(*Los militares escoltan á LA PATRIA. Los niños y los obreritos recogen las flores, y, formando fila, detrás de ella, cantan el Himno Nacional y se van.*)







## EL VIEJO NOËL<sup>1</sup>

ZARZUELITA FANTÁSTICA EN UN ACTO

PERSONAJES:

LA REINA DE LAS HADAS — EL VIEJO NOËL — LA  
PRIMAVERA — LA NOCHE — BARBA AZUL — LA  
CENICIENTA — DIEGO — JUAN — PEDRO — JOSÉ  
— RAÚL — CARLOS.

*(Al iniciarse la acción, los seis niños, en camison, están sentados en una cama grande, de cuya cabecera cuelgan seis medias.)*

ESCENA PRIMERA

DIEGO — JUAN — PEDRO — JOSÉ — RAÚL — CARLOS

JUAN. — Esta es para mí, la noche más feliz del año...

PEDRO. — ¡Cómo deseo que venga el Viejo Noël!...

DIEGO. — Mientras estemos despiertos no ha de venir.

<sup>1</sup> El tema de esta zarzuelita ha sido tomado de una fábula inglesa.

RAÚL.— ¡Qué no daría por verlo! Hagámonos los dormidos.

CARLOS.— Siempre que he intentado hacerlo, me he quedado dormido de veras!...

PEDRO.— Yo no me dormiré.

JOSÉ.— Vamos á hacer una batalla de almohadas?



*(Se tiran las almohadas. De repente óyese una voz que exclama: ¡Silencio!... Los niños precipítanse en la cama fingiendo dormir y roncan ruidosamente.)*

ESCENA SEGUNDA. — MÚSICA

### LA REINA DE LAS HADAS.

Es la reina de las Hadas  
La que os viene á visitar  
En la noche que los niños  
Siempre suelen festejar.

He venido de muy lejos,  
De la tierra del placer,  
Do transcurre mi existencia  
Y do pronto he de volver...

De los niños pequeñuelos  
Una amiga siempre fui...  
Y es por esto que he venido,  
Para veros, hasta aquí...

CARLOS. — ¡Nos has dado una bien grata sorpresa!...

LA REINA. — Estoy segura de que ignoráis el motivo de mi visita.

DIEGO. — Sí... no sabemos...

RAÚL. — Dinos algo al respecto.

LA REINA. — Me explicaré: desde hace más de un mes, entre algunos de los personajes de mi reino, se ha entablado una curiosa discusión. Cada uno de ellos pretende ser el preferido de los niños... y para que la tranquilidad y la alegría vuelvan á reinar en mis dominios, he imaginado una estratagema: he resuelto hacer venir aquí á los discutidores para que, uno por uno, os digan por qué razón creen tener derecho á vuestras preferencias...





El preferido de vosotros será también mi favorito, y ceñiré su frente con esta riquísima corona de oro. (*Hace una señal con su varita mágica.*)

ESCENA TERCERA

LOS MISMOS—LA PRIMAVERA, *cubierta de flores*,  
luego LA NOCHE

MÚSICA

LA PRIMAVERA

Soy risueña y primorosa  
Cual ilusión florecida,  
Simbolizo vuestra vida  
Con mi frescura radiosa.

Amo el sol, amo la brisa,  
Amo el canto de las aves,  
Y son mis bellezas suaves  
De la tierra la sonrisa.

Todos aman mi hermosura,  
Todos me dan sus cariños,  
Quiero el amor de los niños  
Porque tengo su frescura...

(LA REINA DE LAS HADAS *hace otra señal y aparece* LA NOCHE.)

LA NOCHE

Soy la apacible noche,  
La de las horas bellas,  
La que adorna su frente  
Con millares de estrellas.

Soy la callada noche  
Que arrulla vuestro sueño  
Cuando el día se aleja  
Y se hunde el sol risueño.

Vuestro cariño quiero  
Yo, mis niños, queridos.  
Que besé de vosotros  
Los párpados dormidos...

ESCENA CUARTA

LOS MISMOS—BARBA AZUL, *á una señal de LA REINA*  
DE LAS HADAS, luego LA CENICIENTA

MÚSICA

BARBA AZUL

Por lo que veo  
Mi rostro feo  
Os asustó.

Tranquilizaos  
Y sosegaos  
Por caridad...

No os haré daño  
Pues yo no engaño  
Á la niñez.

Sólo detesto  
Al deshonesto  
Y al desleal.

Quiero á los niños  
Y mis cariños  
Sinceros son.

(LA REINA DE LAS HADAS *repite la señal y aparece* LA CENICIENTA *ataviada de princesa.*)

# LA CENICIENTA

¡Oh, qué contenta  
Se encuentra en este día  
la Cenicienta!

Mucho me satisface  
Veros, queridos,  
Porque os quiero y me place  
Que estéis unidos.

Todos sabéis quien era...  
La historia mía  
Es popular — Mi madre  
No me quería.

Vino esta hada bella y  
Con su poder  
Hizo que cesara ese  
Mi padecer.

Ella unióme al príncipe  
de mis ensueños,  
Y trocó mi cocina  
En mil risueños

Jardines encantados,  
Llenos de flores,  
Donde crecen las rosas,  
De mis amores.



## ESCENA QUINTA

LOS MISMOS—NOËL, *viejo de cabeza blanca, aparece. Viene cargado de juguetes. Los niños, al verle, le acogen con manifestaciones de alegría...*

## MÚSICA

## NOËL

Mis compañeros  
Me han precedido...  
Mas llegar antes  
Yo no he podido.

Me detuvieron  
Unos chiquillos  
Para pedirme  
Sus regalillos.

Desde hace tiempo  
De los pequeños  
Soy el más bello  
De los ensueños.

Y yo les quiero,  
Y con placer  
Doyles las pruebas  
De mi querer.

¿Cuál es el niño  
Qué no me espera,  
Qué no me invoca  
Y me pondera?

*(Cuando NOËL acaba su canto, los seis niños discuten durante un instante.)*

CARLOS.—Hermosa reina de las Hadas: en nombre de mis compañeros vengo á decirte que de los personajes de tu corte que han venido á visitarnos esta noche, queremos más al viejo Noël: puedes darle la corona de oro.

(LA REINA corona á NOËL. Todos aplauden y ejecutan un paso de baile.)



## EN LAS FIESTAS MAYAS

### Á LA PATRIA

¡Patria mía querida, hoy es el aniversario de tu gloria!

Hoy, tus hijos acudirán presurosos á coronar tu bella frente con guirnaldas de laureles y perfumadas y lozanas flores.



*nuestra patria*

Hace ahora cien años vivías sumida en la esclavitud.

Pero tus hijos de antaño *te* amaban como *te* amamos nosotros ahora, y porque tenían en sus venas la sangre roja de los héroes, colocaron en tu noble frente la palma de la libertad, de la libertad que conquistaron con la pluma, con la bayoneta y con el talento!

Aquellos héroes no tuvieron más ideal que tu grandeza y tu porvenir.

Y en pos de ese ideal tan noble combatieron, triunfaron, y muchos también vertieron su sangre sin exhalar por ello un solo quejido.

Sus nombres están escritos en la página de bronce de la inmortalidad.

Venerándolos te veneramos á ti, que fuiste tan noble y digna madre.

Fueron esos hijos tuyos que llevaron á través de todo el continente sudamericano la bandera blanca y azul como emblema de libertad, de redención!

¡Ahora eres grande!

En tus vastas llanuras y grandes ciudades, resuena el himno del trabajo, del progreso...

Las espadas gloriosas, hace mucho tiempo terminaron su misión y duermen el sueño de la paz...

El arado, la máquina, la labor intelectual, que es fuente perenne de progreso, las reemplazaron para gloria de tu siglo.

Todos los que habitan en este suelo y viven al calor de tu sol resplandeciente, tienen un grano

de arena para el monumento de tu civilización:  
desde el más grande de tus hombres, hasta el  
inmigrante que llega á tu hospitalaria playa...

¡Patria mía inmortal, en nombre de los niños  
argentinos, te saludo!



## EN EL JARDÍN

### ZARZUELITA EN UN ACTO

#### PERSONAJES:

UNA NIÑA — UN VIEJO JARDINERO — EL TRIGO —  
EL MAÍZ — LA AMAPOLA — LA VIOLETA — LA  
MARGARITA — LA ROSA — EL JAZMÍN — LA OR-  
QUÍDEA — LA CAMELIA.

*(La acción en un pedazo de tierra sin cultivar.)*

#### ESCENA PRIMERA

EL TRIGO — EL MAÍZ — LA AMAPOLA — LA VIOLETA  
LA MARGARITA

LA AMAPOLA. — Compañeras, saludemos, como siempre, á la aurora, que hoy también nos anuncia un día de sol.

EL MAÍZ. — Sí, elevemos nuestra plegaria al Creador...

LA MARGARITA. — Deberíamos hacerlo... pero... yo no sé cantar cuando tengo el corazón afligido...

LA VIOLETA. — ¿Y por qué estás tan triste?

LA AMAPOLA. — (Á LA MARGARITA). ¿Qué tie-



nes? Habla, cuéntanos tu pena. En este pedazo de suelo, donde todas nacimos, comunes fueron nuestras alegrías y comunes deben ser nuestros pesares...

LA MARGARITA. — (*Con tristeza*). Sí, queridas mías... (*Suspira*). Decidme: ¿Ayer no visteis tam-



bién vosotras pasar por estos lugares á una graciosa señorita en compañía de un anciano jardinero?

TODAS. — Sí...

LA AMAPOLA. — Sí, les ví y alcancé á escuchar algunas de las palabras que pronunció la niña...

palabras que me permitieron deducir ser ella ahora la dueña de este lugar.

LA MARGARITA. — Precisamente... dueña de este lugar y de nosotras, pobres hijas de los campos... — (Á LA AMAPOLA). ¿Y nada más oíste?

EL MAÍZ. — ¿Qué quieres decir con eso?

LA MARGARITA. — (*Suspirando*). Repitiéndoos las palabras que dijo aquella niña, os explicaréis el motivo de mi tristeza. (*Imitando la voz de la niña*). Véis esas plantas rústicas y silvestres, decía ella al jardinero, y nos señalaba con su manecita enguantada, es necesario que sean arrancadas cuanto antes; no quiero que en mi jardín haya yuyos inú-

tiles... ¿Ahora me comprendéis?... Los días, ó tal vez los minutos de nuestra existencia están contados; pronto nos llevarán de aquí y quién sabe á qué rumiante serviremos de desayuno!...

¿Os halaga una perspectiva semejante?

*(Todas las flores exclaman, dando señales de dolor:)*

¡Pobres de nosotras!

EL TRIGO.—¡Pobres! Aun no ha llegado el caso de desesperarse... Unámonos... tratemos de defender nuestros comunes intereses... la unión significa fuerza, y antes de abandonar para siempre el suelo en que nacimos, tratemos de ayudarnos mutuamente.

Yo no soy bello, ni soy fragante, pero soy útil al hombre; tú, violeta gentil de delicado perfume, eres el emblema de la virtud más preciada; tú, linda margarita, con tus gayos colores das realce al verde de los prados, y todos juntos somos el más hermoso adorno de los campos... ¿no es esto verdad?

Entonces, ¿por qué no hemos de dar á conocer á nuestra nueva dueña las cualidades y atractivos que nos son peculiares? *(Fuera se escuchan pasos. Todos callan.)*

#### ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS — LA NIÑA — EL JARDINERO, después  
LA ROSA—EL CLAVEL—EL JAZMÍN—LA CAMELIA.

LA NIÑA.—*(Al JARDINERO)*. Como decía, Juan, todo esto *(señalando las plantas silvestres)* tiene

que desaparecer... este pedazo de campo se ha de convertir en hermoso jardín.

Podéis llamar á vuestra gente para que empiecen á llevarse estos *yuyos*.



EL JARDINERO. — ¿Qué flores quiere usted que se planten en el jardín?

LA NIÑA. — Voy por ellas. Esperad.

(Sale y vuelve al cabo de un instante, seguida del CLAVEL, LA ROSA, EL PENSAMIENTO, LA ORQUÍDEA, EL JAZMÍN, LA CAMELIA.)



## MÚSICA — CORO DE FLORES DE JARDÍN

Saludemos á Natura,  
 Saludemos á quien cuida  
 De las flores siempre bellas  
 La apacible y dulce vida.

Este campo yermo y triste  
 Se trocará en jardín  
 Cuando en él crezcan alegres  
 Las camelias y el jazmín.

Cuando llegue primavera  
 Con sus brisas deliciosas  
 Estaremos muy contentas,  
 Estaremos bien hermosas.

## BAILE

LA NIÑA. — ¡Qué lindas flores! ¿No os parece que he tenido buen gusto en elegir?

EL JARDINERO. — Son todas muy bellas, señorita, y le aseguro que sabré disponerlas de la manera más artística.

LA NIÑA. — No lo dudo... Pero deseo saber á cuál de ellas designaréis el puesto de honor, es decir, á cuál colocaréis en el centro del jardín.

*(Las flores están escuchando y comienzan á hablar y discutir entre ellas, deseando todas ocupar el puesto de honor)...* Tranquilizaos. Todas sois hermosas, todas tenéis méritos especiales, mas, para que yo y Juan podamos elegir con criterio nos constituiremos en tribunal justiciero, delante del cual desfilaréis para decirnos cuáles son

vuestras mejores cualidades. ¿Juan, os place mi propuesta?

EL JARDINERO. — Muchísimo, señorita.

(LA NIÑA y EL JARDINERO se instalan y comienza el desfile de las flores.)

#### MÚSICA

#### EL JAZMÍN

Yo soy el pálido jazmín,  
Es mi aroma penetrante,  
Soy la flor que más prefiere  
Quien se precia de elegante...

#### LA ROSA

Soy la reina de las flores  
Y soy símbolo de amor,  
Son notables mis bellezas,  
Mi perfume arrobador.

#### LA ORQUÍDEA

Soy flor rara, flor extraña,  
Soy exótica y costosa,  
Y por eso las doncellas  
Me prefieren á la rosa.

#### LA CAMELIA

Es perfecta mi belleza  
Y de nieve es mi blancura,  
Y ninguna compañera (*señalando*  
Me supera en hermosura. *á las flores.*)

(*Al terminar la música y el canto, LA NIÑA habla en voz baja con EL JARDINERO. LAS FLORES DEL CAMPO se aproximan á LAS FLORES DE JARDÍN.*)

EL TRIGO. — (*Al PENSAMIENTO*). Escúchame, tú, que simbolizas lo más grande del Universo, el pensamiento humano, debes venir en mi ayuda. Te contaré mis penas. Mientras tú y tus risueñas compañeras demostráis estar tan contentas porque váis á quedaros aquí, la más honda tristeza me abate y aflige á todas nosotras, las humildes plantas de los campos.

EL PENSAMIENTO. — ¿Por qué?

EL TRIGO. — Porque nos arrojan de aquí, de este lugar en el cual nacimos y al cual no volveremos más...

EL PENSAMIENTO. — Tus palabras me causan honda pena.

¿Qué puedo hacer yo para consolaros y ayudaros?

(*Señalando á las demás flores silvestres.*)

EL TRIGO. — Quisiera que me presentaras á tu dueña, á quien anhelo decir que no soy una planta inútil... que yo también...

EL PENSAMIENTO. — (*Interrumpiéndole*). Ven conmigo. (*A LAS FLORES DE JARDÍN: Dejados pasar, compañeras... LAS FLORES DE JARDÍN miran con desprecio al TRIGO, y EL PENSAMIENTO, mirándolas á su vez con encono, dice:*)

¿Por qué miráis con desprecio á mi compañero?

No os olvidéis que el orgullo es el padre de la



ignorancia. Estas flores son hermanas nuestras; como nosotras, son obra de la Naturaleza, y tened presente que muchas de ellas son más útiles á la Humanidad que nosotras.

(LAS FLORES DE JARDÍN *se dan cuenta de la falta de cortesía cometida, y saludan á las FLORES DEL CAMPO.*)

(*Llegan ante* LA NIÑA, EL PENSAMIENTO, *acompañado del* TRIGO.)

EL PENSAMIENTO.—Señorita, aquí os traigo á un amigo á quien no conocéis bien y que desea hablaros.

#### MÚSICA

#### EL TRIGO

Soy el humilde Trigo,  
Crezco en campo lozano,  
Y proporciono al hombre  
Un alimento sano.

(*Señalando á las flores silvestres.*)

Esas silvestres flores  
Que conmigo crecieron,  
Que del campo son hijas  
Todas aquí nacieron.  
Son hermanas queridas  
Que temen á la muerte  
Que por mandato tuyo  
Hoy nos cabrá en suerte.

Ruégote ser clemente,  
 Haz una noble acción,  
 Tómanos bondadosa  
 Bajo tu protección.

*(Se adelanta LA VIOLETA, entre los aplausos de las demás flores.)*

MÚSICA

LA VIOLETA

Oculto y sola  
 Siempre he vivido  
 Entre la hierba  
 En que he nacido.

Yo no ambiciono  
 Gloria y honores,  
 Que muchos hallan  
 Encantadores.

Amo mi tierra  
 Y amo la paz,  
 Que es toda gloria  
 Cosa fugaz.

Quisiera siempre  
 Vivir aquí,  
 En este prado  
 Dónde nací.

*(Aplausos de todas las flores.)*

LA NIÑA. — Sabéis, Juan, que también estas pequeñas flores del campo son graciosas y que he cambiado de opinión respecto á su destino?...

Ya no quiero que las quiten de aquí... Formarán parte de mi hermoso jardín y las dispondréis de modo que las útiles se alternen con las vistosas... Todas, toditas, han de tener su lugarcillo... ¿Sabréis complacerme, Juan?

JUAN. — Sabré hacer las cosas como es debido, y permítame usted que le diga que su resolución me ha colmado de júbilo... La armonía no faltará en este jardín... como no falta en ninguna de las otras de la sabia Naturaleza y como no debiera faltar entre los mortales... (*JUAN dispone las flores de modo que el PENSAMIENTO y el TRIGO ocupen el puesto de honor. Las demás, alternando las silvestres y las de jardín.*)

MÚSICA — CORO GENERAL

Las flores del campo,  
Las flores del prado  
Entonan un canto  
Al Dios siempre amado.  
La blanca camelia,  
El bello jazmín,  
Las flores silvestres  
Y las de jardín  
Elevan unidas  
Un himno de amor,  
Un himno de gloria  
Al gran Hacedor.

---





## ¡QUÉ DESGRACIA ES SER EL MAYOR!

MONÓLOGO HUMORÍSTICO PARA NIÑOS DE 9 Á 12 AÑOS

Así, tal como me véis, tan pequeño y tan charlatán, después de mis padres soy el personaje más importante de la familia, porque soy el mayor de mis hermanos. (*Al público*). ¿Lo dudáis, acaso? (*Señalando á una señora de la concurrencia*). Pues allí está mi madre que os lo puede asegurar.

Como os decía, soy el mayor, y desearía ser el menor... Ya os diré el porqué...

(*Cambiando de voz*). Tú, que eres el mayor, ¿qué hacías cuando la nena entró en la cocina y rompió los platos? — me dijo ayer Rosa, la sirvienta—mientras se apuraba á recoger del suelo los fragmentos de loza, que iba guardando detrás de la puerta de la cocina para que mamá no los viera... Mas todas las precauciones de Rosa fueron vanas, porque Horacio dió la voz de alarma, diciendo:

— Mamita, ven á ver cuántos platos han roto!

Mamá acudió presurosa y... — ¿Qué han hecho? — preguntó enojada...

— Yo no estaba en casa, señora... estaba Adolfo, y el muy señor, dice no haber visto nada.

— ¿Cómo, siendo tú el mayor, has dejado romper, uno, dos, tres, cuatro, cinco platos — díjome mamá, cuando después de haber combinado con paciencia los pedazos de loza, pudo averiguar la magnitud del desastre. — Es necesario que te castigue por distraído, y me puso en penitencia...

— ¿Qué hacías, tú, granuja, mientras tu hermanito nos echaba á perder el juego de mesa? — me dijo por la noche mi padre cuando lo enteraron del suceso...

— Papá, estaba mirando las láminas de un libro ilustrado... ¿Sabéis lo que me contestó?...

— Vale la pena que seas el mayor si ni eres capaz de vigilar á los más pequeños? (*Al público*).

¡Por lo visto tendría que hacer de niño!... (*Pausa, imitando la voz paterna.*) — Á propósito, me has mandado planchar mi frac? — preguntó mi padre á mamá.

Esta noche se casa la señorita de Basualdo y no puedo dejar de ir...

— Sí, ya está listo — respondió mamá.

— Voy pues á vestirme — y entró en su aposento.

De pronto abrióse de nuevo la puerta y le oí decir á papá por segunda vez: — ¿Dónde está mi ropa?

— Debe estar allí — repitió la voz de mamá.



— Si así fuera no te molestaría — observó él, un tanto enojado.

Yo, entonces, me acordé haber visto pasar á Honorio arrastrando una *gran cosa negra*... ¿No sería eso, el frac de papá? pensé, y en seguida, abandonando el dibujo, me fuí en busca de mis hermanitos...

En el piso bajo no los encontré. Subí volando



la escalera que conduce á las habitaciones altas y penetré en una de ellas... ¡Qué cuadro!

Honorio intentaba trepar sobre el sombrero de felpa de papá para ayudar á Lucy, mi hermanita, á colocar la corbata blanca en el cuello de un viejo maniquí que lucía pomposamente el frac buscado! Los dos estaban tan entretenidos que no notaron mi presencia.

—¿Qué hacen aquí?—les pregunté...

Asustáronse ambos, y Lucy, con su vocesita argentina, exclamó:

—No lo cuentes á papacito... no se lo cuentes, Adolfo... Y yo:—¿Cómo no he de contarle á papá *las barbaridades* que están haciendo? ¿No saben que abajo todos están buscando el frac, el sombrero y la corbata?

Ambos abandonaron á su muñeco y corrieron á ocultarse debajo de la cama de Rosa.

Desvestí el maniquí recogiendo las prendas sueltas y bajé la escalera, rumbo al *toilette*.

Apenas mi padre vió sus prendas en un estado tan lastimoso se llevó ambas manos á la cabeza y... —¡Dios mío!... ¿qué es esto?—dijo.

—Lucy y Honorio estaban jugando con tu ropa... habían vestido al maniquí...—balbuceé.

Y mi padre:—Y tú, tú el mayor de todos no habías visto nada?... (*Y me tiró de una oreja.*)

¿Cómo ir ahora al casamiento? ¿Cómo cumplir con los Basualdo?... Que vengan los culpables... Rosa los trajo. Ninguno de ellos se atrevía á levan-

tar los ojos; Lucy sólo, cuando vió sobre una silla la corbata de papá, dijo á su madre:

—*Chabes mamita que sé hacel el nudo á la colbata como se lo hace papá?*

Todos rieron y eso me salvó de mayores responsabilidades... pues sólo se me privó de jugar un partido al *ludo*, lo que es para mí una penitencia bastante severa...

Y lo peor es que casi todos los días me llueven reprimendas, castigos, etc...; sólo porque soy el mayor!



## MAL CARÁCTER

COMEDIA EN UN ACTO PARA NIÑAS

PERSONAJES:

CELIA — PEPA — ROSITA — DELIA — IRMA — ANITA —  
 MARIA — MATILDE, *niñas de 10 á 12 años* —  
 MARGARITA, *hermana de CELIA, jovencita de*  
*17 años.*

ESCENA PRIMERA

CELIA. — ¡Qué sorpresa agradable he preparado á mis amiguitas!

Estoy convencida de que me felicitarán por mi ocurrencia, aunque en homenaje á la verdad, debo confesar, que fué sólo para excluir á Matilde de la lista de mis invitadas que me ví obligada á recurrir á una estratagemasemejante.

Tuve tacto... les dije á todas, una por una, menos á ella, que tenía que confiarles un *gran secreto* y sin que una advirtiera que la otra lo sabía, las cité aquí, para hoy, á las tres de la tarde.

Qué alegres se pondrán cuando les diga: os he reunido para festejar





con vosotras, que sois mis mejores amigas, el día de mi cumpleaños... (*Con tristeza.*) Me apena no haber invitado á Matilde, pero la pobre tiene un carácter tan indócil, que donde está ella no hay diversión posible.

PEPA. — (*Entrando*). ¿Se puede?

CELIA. — Entra, Pepita. Te has anticipado... mejor.

PEPA. — ¿Qué quieres? Me muero de curiosidad por saber el secreto de que me hablaste ayer...

Como tú sabes tengo la desgracia de ser un poco curiosa... y por lo tanto...

CELIA. — (*Interrumpiéndole*). Sin embargo, aun tendrás que esperar un rato antes de ver satisfecha tu curiosidad.

PEPA. — Pero... ¿de qué se trata? ¡Si supieras!... yo adoro los secretos... Ayer, cuando me dijiste que hoy me contarías uno, créime de repente transformada en una persona mayor... Pero si soy curiosa yo, también lo es Matilde... Mientras tú me hablabas al oído, no nos quitaba los ojos de encima, y apenas te alejaste se me acercó para preguntarme de qué me habías hablado.

CELIA. — (*Con vivacidad*). Supongo que tú no le habrás dicho nada...

PEPA. — (*Titubeando*). Es decir... No le conté mucho... pero creo lo haya adivinado todo... ¡Es tan perspicaz!

CELIA. — (*Con enojo*). ¡Oh, Pepita, qué cuentera eres! No obstante lo mucho que te quiero, si hubiera sabido que eras tan parlera no te hubiera dicho nada.

PEPA. — (*Pesarosa*). Celia, perdóname, no creía causarte tanta pena... Además, no le confié el secreto, que es lo principal.

CELIA. — ¡Vaya una hazaña!... No se lo confiaste por la sencilla razón de que no lo sabías...

ESCENA SEGUNDA

LAS MISMAS y ROSITA

ROSITA. — Buenas tardes, Celina... (*Con asombro*). ¡Cómo!... ¿Tú, también aquí, Pepa?

¡Qué dicha, que alegría!... (*Á Celia*). Me traje el asunto del secreto, pero como no nos faltará tiempo para hablar con comodidad de eso, os propongo, ya que por una feliz coincidencia nos encontramos juntas, que bajemos al jardín para jugar un partido al volante. ¿No os parece oportuna mi propuesta?

CELIA. — Sí; jugaremos contigo... con tal que á la vez seas complaciente para con nosotras, y esperes un rato más.

ROSITA. — ¿Á quién quieres que esperemos? Á algún mago, ó á alguna persona mayor, de rostro ceñudo, que con voz altisonante venga á decirnos que ha llegado la hora de repasar las lecciones y hacer los deberes?...

CELIA. — No, querida... Hoy no estudiaremos, sólo nos divertiremos.

ESCENA TERCERA

LAS MISMAS — DELIA — IRMA — ANITA y MARÍA  
(*se saludan recíprocamente.*)

ROSITA. — (A CELIA). Por lo visto, todas las niñas de la clase están hoy en tu casa.

CELIA. — Sí, y espero no os desagradará encontraros reunidas.

ROSITA. — Al contrario, yo quisiera estar siempre con vosotras...

CELIA. — Si os he invitado una por una con tanto sigilo, ha sido para daros una sorpresa y también para que Matilde nada supiera de mi invitación... Ha llegado el momento de deciros porque os encontráis todas en mi casa: Hoy es mi cumpleaños, y mamá me dió permiso para que lo festejara en vuestra compañía. Bajaremos al jardín, jugaremos un rato largo y después pasaremos al comedor.

IRMA. — ¿Y qué atractivos habrá para nosotras en ese comedor?

DELIA. — Ya te lo puedes figurar, ¡golosa!

#### ESCENA CUARTA

#### LAS MISMAS y MATILDE

(*La aparición de esta niña causa en todas las presentes una impresión de desagrado.*)

MATILDE. — (Con sarcasmo). Buenas tardes... No creía que al venir á saludar á Celia, me fuera dado *hacer una reverencia á todas las niñas de la clase.*

CELIA. — Por ser hoy el día en que cumpla los años, he invitado á mis amigas... á las que atestiguo mi agradecimiento, pero...



MATILDE.—(*Interrumpiéndola, con ironía*). Poca es la gratitud que me debes, puesto que ni he sido por ti invitada, como lo fueron las demás.

ROSITA.—Oye, Matilde... Si he de hablarte con la sinceridad que me es peculiar, permíteme que te diga que para invitarte á una reunión, es necesario tener más valor que un prócer de la Independencia. Tú estás reñida con la alegría, no encuentras diversión sino en criticar á todos.

MARÍA.—Además, si Celia no me hubiese invitado, no me hubiera ofendido. Ella no tiene mayores obligaciones hacia ninguna de nosotras.

ANITA.—¡Sí, tan sólo Matilde puede tener pretensiones semejantes!

MATILDE.—(*Con enojo*). Sé que no me queréis... pero tened presente que la suerte no siempre sonríe á las mismas personas, y así como me desairáis á mí puede ser que en otra ocasión seáis vosotras las desairadas, y, entonces...

ROSITA.—Déjate de refranes y sentencias. Nosotras queremos divertirnos, y ya que nuestra compañía no te agrada, sería mejor que te retiraras y nos dejaras en paz.

MATILDE.—(*Con encono*). ¡Qué palabras vulgares! ¡Cómo revelan tu origen plebeyo y el de tus padres!

ROSITA.—(*Con vivacidad*). Te advierto que yo no he faltado al respeto á ninguno de tu familia, y que no tolero que una imprudente como tú hable con desprecio de mis queridos y honestos padres... Recuérдалo bien, porque si otra vez llegaras

á olvidarlo, mis manos plebeyas te harían pagar caras tus impertinencias.

ANITA. — (*Acercándose á ROSITA*). No te enfades, Rosita... No des mayor importancia á las palabras de una mala compañera.

MATILDE. — (*Á ANITA*). ¡Pobrecita! Consuélala... ¡Cómo, que es de tu misma alcurnia!...

CELIA. — (*Con severidad*). Basta, Matilde, basta de villanías.

Ten presente que estás en mi casa, donde he reunido á mis amigas para pasar con ellas un rato agradable y no para que, personas extrañas, se permitan ofenderlas.

ROSITA. — (*Que ya ha recuperado su habitual buen humor*). Dejémosla en compañía de su inseparable buen amigo «Don Mal Humor»... Ella vino hoy aquí con el propósito de perturbar nuestra alegría... y ridículo fuera que lo consiguiese!...

TODAS. — Es cierto... No lo debe conseguir.

ANITA. — Debemos darle una buena lección.

IRMA. — ¿Cuál?

ROSITA. — ¡Una idea! Así como las personas que tienen muchos méritos, son objeto de demostraciones de simpatía, ella lo será de una de desprecio... Vais á ver.

(*Dispone en fila á sus amiguitas, y, mientras las invita á caminar marcando el paso como los militares, ella encabeza la fila y dice en voz alta: ¡Abajo Matilde! ¡Que se vaya Matilde! Las otras niñas repiten las mismas palabras, y MATILDE prorrumpe en sollozos.*)

## ESCENA QUINTA

## LAS MISMAS y MARGARITA

(MARGARITA *entra corriendo é imponiendo silencio. Todas callan.*)

MARGARITA. — Qué significa esta algarabía? ¿Qué pasa, Celia? ¿Por qué llora esa niña? ¿Qué le habéis hecho? Hablad pronto...

ROSITA. — Yo la enteraré de lo ocurrido, señorita. Sabrá que Celia, para darnos una prueba más del cariño que nos profesa, nos había invitado para que pasáramos con ella el día de su cumpleaños, pero no había invitado á Matilde, porque, á pesar de ser compañera de clase, por su mal carácter es simplemente intolerable y nadie en la escuela la quiere.

Sin embargo, ella se permitió venir igualmente, y, como de costumbre, empezó á ofendernos, permitiéndose dirigir alusiones ofensivas á nuestros queridos padres...

Yo, para darle una lección, organicé en homenaje á su poca delicadeza de sentimientos, una manifestación hostil... la que usted, en parte, ha presenciado.

MARGARITA. — (*A las otras niñas*). ¿Es cierto lo que me ha contado esta niña?

TODAS, menos MATILDE. — Bien cierto, señorita...

MARGARITA. — Aunque la razón en parte obre en favor de vosotras, nunca debéis defenderos recurriendo á la venganza. Para demostrar á esta



niña que sois buenas de corazón, á sus groserías hubiérais debido oponer mil finezas; ella hubiera podido, así, notar la gran diferencia que existía entre su modo de proceder y el vuestro.

(*Dirigiéndose á MATILDE*). Y usted, niña, aprenda desde ahora á morigerarse; recuerde que la

condescendencia, la bondad, la cortesía, deben ser dote de todo ser consciente que se precia de educado, y que el peor enemigo que puede tener en la vida una persona es precisamente un *mal carácter*.

Él nos aleja de todos los demás seres, y, por lo tanto, nos priva de los goces íntimos que suele proporcionarnos la amistad.

(*Dirigiéndose á las otras*).

Ahora, bajad todas al jardín, y jugad alegremente. Celia, sé tú la primera en cumplir con tu deber de ama de casa; ofrécele la mano á Matilde. (*Celia se acerca á MA-*

*TILDE, que está llorando.*)

CELIA. — (*Con afecto*). Ven, Matilde, ven con nosotras... seremos todas buenas amigas.

MATILDE. — (*Con voz llorosa*). No, Celia... No soy digna de la amistad que me ofreces. Las pa-



labras de tu hermana me han impresionado mucho... y... créelo, me avergüenzo de...

ROSITA. — (*Con alegría*). Basta de lágrimas...

Si, como creo, desde hoy aprendes á ser buena para con todos, nosotras te querremos mucho... no lo dudes...

Ahora te invitamos á jugar; te daremos bombones, y también te probaremos que somos buenas para contigo...

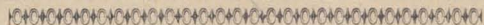
MATILDE. — Si, como lo espero, me perdonáis de veras, os prometo cambiar de carácter... para poderos así demostrar que no soy mala de corazón.

ROSITA. — ¡Muy bien, muy bien, Matilde!..

Con mayor alegría bajaremos al jardín... pues para divertirnos contamos con una amiguita más.

ANITA. — Vámonos pronto... hay que aprovechar bien el tiempo.

---



## ¡QUISIERA SER MUÑECA!

MONÓLOGO PARA NIÑA PEQUEÑA

MARUJA, *sentando en una silla á su muñeca.*)

« Siéntate, y... quietecita...  
Mi querida Rosaurita. »

Escucha con atención  
Lo que yo ansío decirte:  
Te abriré mi corazón,  
Podrás, luego, divertirme.

Te contaré mis dolores,  
Mis aflicciones toditas,  
Porque tú, mis sinsabores  
Comprenderás, Rosaurita.

El estudio no me agrada  
Pero á la escuela debo ir,  
Porque mi mamá se enfada  
Si no aprendo á escribir.



Y me aburro de leer,  
Aun no sé multiplicar,  
Y me falta hasta aprender  
Las cifras á separar...

Y no soy una holgazana,  
Pues, escribo largos ratos,  
Pero, mi tía Mariana,  
Dice que hago garabatos.

Y hay más... ¡hijita mía!  
Cuando no sé la lección,  
Por varias horas al día  
Se me pone *de plantón*...

Ya ves, Rosaurita hermosa,  
Que sin ser cabeza hueca,  
No soy como tú, dichosa...  
¡Oh, quisiera ser muñeca!...

---



## DESPUES DEL EXAMEN

QUEJAS DE UNA NIÑA DESAPLICADA

MONÓLOGO

Es inútil, no tengo suerte... Cuando no se nace bajo la influencia de una buena estrella es en vano esperar en los halagos de la diosa Fortuna...

Es cierto que en el año transcurrido no fui muy aplicada... pero... ¿es acaso una excepción, ser poco estudiosa? No...

¡Son tantas las que al estudio prefieren divertirse un poco!

Hasta sería de augurarse que las maestras tuvieran en cuenta las muchas atenuantes que obran en favor de las niñas poco amantes del estudio, y no fueran tan exigentes para con ellas!...

Pues, hasta la fecha las he encontrado inexorables!... ¿Qué necesidad tenía la señorita Paulina de preguntarme el año, el día, en que Juan de Solís llegó al estuario?

Si ella necesitaba saberlo, ¿por qué no consultó algún libro?... ¡Hay tantos manuales de Historia!

Á mí no me importaba saber eso... Nunca he sido curiosa; pero mi discreción no me sirvió para nada... y mi mal humor acentuóse mayormente cuando otra de las señoritas que formaban la mesa examinadora me volvió á exigir que le hablara de Solís. Fué entonces que le dije:—Ese nombre no me es nuevo—y ahora me acuerdo de que hay una calle que se llama precisamente, de Solís...

Bastó esto para que me clasificaran con un cero en Historia.

Pero, haber quedado reprobada en Historia no me afligió tanto como quedar aplazada en Idioma Nacional.

¡Aquello fué verdaderamente una injusticia, una enorme injusticia!...

Una niña tan parlera como yo, hubiera debido sacar un diez en Idioma...

Cierto es que las preguntas que me hicieron fueron difíciles... *(imitando la voz de la maestra.)*

¿Cómo escribiría usted estas dos oraciones:

«Yo he hecho mi deber.»

«Yo echo á correr.»

Yo las escribí así: *(Las escribe en el pizarrón, anteponiendo la letra «ache» también á la palabra «echo» de la segunda oración.)*



Creía yo que entre el *hecho* de la primera oración y el de la segunda, no hubiera diferencia alguna; en cambio, la secretaria de la escuela, con esa voz de trueno que tiene, me dijo: echo á correr se escribe sin *ache*, recuérdelo.

(*Al público*). ¿Quieren ustedes saber en qué materias fuí aprobada? (*Suspirando*). Pues en muy pocas... En Historia, se me reprobó; en Idioma Nacional, resulté aplazada; en Geografía, salí tan bien como en Historia, porque dije que Constantinopla es la capital de Rusia, sin acordarme que lo es *Atenas*...

Error, este, que no perjudicaba á nadie, ¿verdad?

En Aritmética me clasificaron con un *ocho*, porque desde chica he aprendido á *sacar bien las cuentas*, para no dejarme engañar por mis amigas y hermanos...

En Ciencias Naturales se me preguntó si sabía cuál es el pájaro que tiene el cerebro más pequeño. Yo, naturalmente, lo ignoraba, y entonces, mi amiga Matilde se me acercó á un oído, y me dijo: «Es el *chorlo*, que tiene el cerebro del mismo tamaño del tuyo...»

Yo me enojé con ella y porque la traté de entrometida me reprobaron sin ceremonias.

(*Suspirando*). ¿Habrá todavía alguien que se atreva á poner en duda que soy una víctima de la fatalidad?

(*Oyese una voz dentro*). Eres tan sólo víctima de tu desaplicación.



### Á LA PRIMAVERA

Nos traes primavera  
Tu gran vigor fecundo,  
La tierra vivificas  
Y tornas bello al mundo.

El mar está tranquilo,  
El viento sopla leve,  
El aire se perfuma;  
Ya no tendremos nieve.

Sobre el rojo clavel,  
Sobre las bellas rosas,  
Buscando el dulce néctar  
Vuelan las mariposas.

El firmamento mismo  
Tiene nuevos colores,  
Que copiar no consiguen  
Del orbe los pintores.

Entre la hierba del prado  
Como en bellas macetas,  
Florece á millares  
Las tímidas violetas...

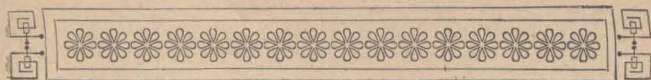
Y... en el recinto santo,  
Juntas á la amapola,  
Las tristes siemprevivas  
Reabren su corola.

Lástima que no dures  
¡Oh! primavera hermosa,  
Como durar no suele  
Toda terrena cosa.

¡Oh, cómo te pareces  
Del hombre á la niñez  
Como tú, le abandona  
Con mucha... rapidez...

---





## MI MADRE

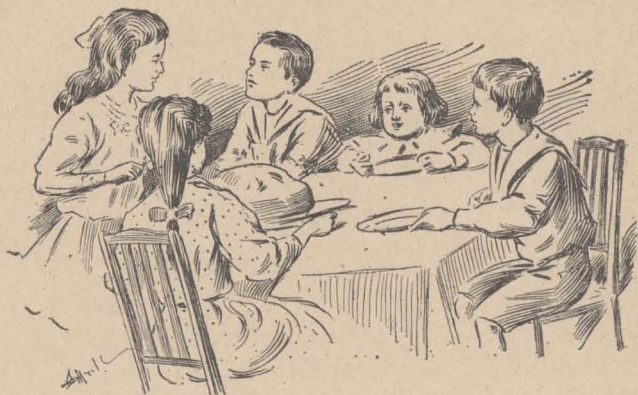
### MONÓLOGO PARA NIÑA PEQUEÑA

No solamente quiero á mi madre  
Por los juguetes que ella me da,  
No... yo la quiero porque es muy buena  
Y sin cansarse conmigo está.

Y hay que ver con qué paciencia  
Las letras enséñame á conocer,  
Con mil cariños, estudia, dícame  
Si quieres pronto saber leer.

Es cariñosa, tierna y bonita,  
Me llama el ángel de su mansión,  
Y con su voz siempre armoniosa,  
Tuyo es, me dice, mi corazón.

Tú, también eres, mamá querida  
El ángel bello de tu Lili.  
Y nadie... nadie en este mundo  
Podrá quererte como yo á ti.



## LA TORTA DE NAVIDAD

COMEDIA PARA NIÑOS PEQUEÑOS

PERSONAJES:

CLELIA — DORA — FELIPE — ARTURO — IRMA  
LA MADRE

(IRMA es una niña de seis años y no pronuncia la r)

ESCENA PRIMERA

(En el escenario una mesa puesta y una gran torta en el centro; los niños, sentados en torno de la mesa, y DORA en actitud de cortar la torta.)

DORA. — Yo serviré...

FELIPE. — ¿Por qué, tú? Á los hermanos mayores corresponden mayores derechos... y yo tengo dos años y tres meses más..

ARTURO. — ¿Por qué no cuentas los días, las horas y los minutos?... Parecerías así mucho mayor...

DORA. — No, señor. En este momento no se trata de edades... se trata de una torta que *yo debo servir*, porque he contribuído con treinta centavos más que todos vosotros para comprarla... Quién más gasta, más compra... aquí y en todas partes...

IRMA. — Es *cielto*, muy *cielto*... Felipe es el más *pobeton* y *siempre* el más *pesuntoso*...

(FELIPE *se lanza hacia la torta, pero los otros le detienen.*)

FELIPE. — No hagáis que me enoje... Acordaos que si no fuera por mí, por la resistencia que opuse al deseo de mamá cuando nos quería obligar á entregar la mitad de nuestro dinero á aquellas señoritas que vinieron á solicitar fondos para comprar juguetes para el Árbol de Navidad de los niños pobres, hoy no tendríamos esta tentadora y magnífica torta...

CLELIA. — Eso es cierto. Felipe, ayer, defendió con mucho calor nuestra causa.

DORA. — Sí; pero sus palabras contrariaron muchísimo á mamá, que no nos reprendió mayormente porque había visitas... pero...

FELIPE. — Eso ya pasó... y no pensemos en tristezas... Voy á servir la torta...

IRMA. — No, tú, no... Que la *silva Dola*... Tú *eles* un *comilon* que todo te lo comes...

ARTURO. — De ninguna manera... Los varones deben ser obedecidos...

DORA. — (*Riéndose*). ¡Já! ¡Já!... No tenéis de-



recho alguno para mandarme... Así que no sólo la serviré, sino que para mí será la mejor parte... Voy á cortarla.

(*Procede á cortar la torta; FELIPE y ARTURO se oponen á ello, diciendo: «De ninguna manera». IRMA y CLELIA vienen en ayuda de DORA. Diez manos intentan apoderarse del plato, produciéndose una pequeña lucha que termina con la caída de la torta al suelo.*)

FELIPE. — (*A las niñas*). Vosotras tenéis la culpa...

IRMA. — (*Que observa la torta caída*). Vengan, milen qué cosa... (*Todos se acercan y ven que la torta era una masa dorada, de poco espesor, conteniendo retazos de papel.*)

DORA. — ¡La torta era de papel! Nos han engañado... Aquí hay un papelito escrito... (*Leyendo en voz baja.*)

IRMA. — ¿Qué hay *esclito* en ese papel?

DORA. — (*Leyendo en voz alta*). «Esta es la torta que se merecen los niños que todo lo quieren para sí mismos». ¡Qué sorpresa desagradable!

CLELIA. — ¡Qué lección!

IRMA. — (*A FELIPE, con voz llorosa*). Y esto ha pasado *porque* ayel tú no quisiste *dal* á los pobes un poco de *dinelo*...

DORA. — Ven, Irma... No llores... Mamá te dará unos caramelos...

## ESCENA SEGUNDA

## LOS MISMOS — LA MADRE

LA MADRE. — ¿Todavía no habéis empezado á comer la torta?

IRMA. — ¡Oh, mamá!... *Ela* de papel...

DORA. — Ya comprendo, mamá... Esta es una lección que nos has querido dar porque ayer no quisimos contribuir, con nuestros ahorros, á hacer una obra buena.



LOS DEMÁS NIÑOS.  
— Sí, mamá, comprendemos nuestra falta...

FELIPE. — La lección ha sido severa.

LA MADRE. — La habéis merecido... y espero que la aprovechéis... Debéis tener siempre

presente que es conveniente venir en ayuda de quien lo necesita y que debéis desde ahora pensar en los demás, en socorrer á los menesterosos, en consolar á los afligidos... Vuestro dinero lo he donado por el Árbol de Navidad de los niños pobres; y ahora iremos á presenciar la distribución de juguetes...

DORA. — ¡Qué lección han recibido hoy los hombres, Felipe!...

ARTURO. — Sí; las mujeres también...

IRMA. — ¡Lástima de *tolta*!...



EL ENSAYO DE UN DRAMA HISTÓRICO <sup>1</sup>  
JUGUETE CÓMICO PARA NIÑOS, EN UN ACTO

PERSONAJES :

NÉLIDA — ADOLFO — UN CRIADO.

*(En el escenario habrá un espejo y un sillón.)*

ESCENA PRIMERA

NÉLIDA, luego ADOLFO

NÉLIDA. — *(Sale ensayando saludos. Viste un elegante traje Luis XV).* Hay que convenir que este traje es muy lindo y me queda muy bien...

Si me vieran en este momento mis amigas, hasta las que me tienen más envidia, me encontrarían *preciosa*. En cuanto me ponga las alhajas voy á ser una Luisa Bourou, perfecta... Pero... ¿Dónde estará mi conde de Almaby?

ADOLFO. — *(Sale vestido como un caballero*

<sup>1</sup> Este juguete cómico fué escrito por la autora para demostrar cuán erróneo es elegir para las producciones que deben amenizar las fiestas escolares, temas y palabras que no están al alcance de la mentalidad del niño, pues éste se convierte en papagayo.



*de Luis XIV).* Mademoiselle, aquí está el caballero que usted busca...

NÉLIDA. — ¡Qué elegante estás!

ADOLFO. — (*Sonriéndose*). *¿C'est vrai?*

NÉLIDA. — *Vous êtes charmant, monsieur le comte...*



ADOLFO. — *Et vous, vous êtes merveilleuse, mademoiselle...* pero continuemos nuestra conversación en castellano...

NÉLIDA. — ¿Por qué?

ADOLFO. — Porque no sabemos bien el francés.

NÉLIDA. — No importa... Yo quisiera que esta noche recitáramos en francés... ¡Cómo nos admirarían! Nos tomarían por pequeños sabios!.

ADOLFO. — Lo dudo. Ahora todo el mundo sabe francés y se darían cuenta de que no lo sabemos bien...

NÉLIDA. — No creo sea tan difícil engañar al público. Por ejemplo, quien asista á la representación de nuestro drama histórico creará que nosotros conocemos perfectamente la historia de Francia y, con franqueza, debo confesarte que no sé nada al respecto...

ADOLFO. — Yo no estoy muy fuerte en historia, tampoco... pero tan siquiera conozco el episodio de que trata el drama de esta noche.

NÉLIDA. — ¿De veras? Cuéntamelo...

ADOLFO. — Ensayando nuestras partes me será más fácil hacerlo... ¿Quiéres que empecemos?

NÉLIDA. — Bueno... Siempre nos servirá de repaso... Pero, nos falta lo principal: la reina...

ADOLFO. — Dirás, lo de menos... Hagamos de cuenta que este sillón es la reina...

NÉLIDA. — Eres ocurrente. (*Riendo*). Pero, ¡qué reina tan silenciosa!

ADOLFO. — Mejor... Así no nos criticará...

NÉLIDA. — Como siempre, tienes razón...

ADOLFO. — Para eso soy hombre, pues...

NÉLIDA. — (*En tono de burla*). ¡Vaya una prerrogativa!

ADOLFO. — Si te ríes de mí, me voy...

NÉLIDA. — (*Afectuosa*). No... no sé burlarme de los amigos.

ADOLFO.—Bueno, empecemos de una vez. (*Se dirige hacia el sillón y saluda profundamente*). ¡Majestad! (*Á NÉLIDA*). Contéstame tú por él... (*Señalando el sillón.*)

NÉLIDA.—(*Sentándose en el sillón.*)

Díjome, ayer, Inés,  
Que hablarme deseábais  
Respecto de una joven  
Con quien simpatizábais...

ADOLFO.—Con quien aun simpatizo  
Con gran sinceridad.

NÉLIDA.—Decidme su apellido

ADOLFO.—De Bourou, Majestad...

NÉLIDA.—¿Os queréis unir á ella?

ADOLFO.—Esa es mi aspiración...

NÉLIDA.—Trataré lo consigais...

Vuestra es mi protección...  
De lo que por mi hicisteis  
Siempre me acordaré.

(*Pausa — transición.*)

Pero, esto es lo que yo no alcanzo á comprender... ¿Qué servicios has prestado tú á Ana de Austria para que te hable de su gratitud?

ADOLFO.—Yo, ninguno; ¡se comprende!... Pero el personaje que represento, y que era el conde de Almaby y que estaba vivo como lo soy yo ahora, le salvó la vida, y le salvó, además, el trono para su hijo Luis XIV, llamado rey Sol. ¿Comprendes?

NÉLIDA.—¿Comprendo. ¿Y cómo había podido salvar tantas cosas á la vez, ese conde?



ADOLFO. — (*Impacientándose*). ¡No seas tan curiosa! ¡Confórmate con lo que te digo...

NÉLIDA. — Así lo haré, aunque tus explicaciones no me satisfacen del todo...

ADOLFO. — Si volvemos á las de antes, me voy...

NÉLIDA. — No... Sigamos con los versos. (*Se sienta de nuevo en el sillón. Declamando:*)

Quisiera conocer

Á la bella futura.

ADOLFO. — Tal deseo nos honra y

Nos traerá ventura.

NÉLIDA. — ¿Qué obstáculo se opone

Á vuestra dicha?...

ADOLFO. — Un rival...

NÉLIDA. — (*Interrumpiéndole*). ¡Rival!... He aquí una palabra cuyo significado no alcanzo á comprender... ¿Qué quiere decir?

ADOLFO. — ¡Rival!... eso se comprende y cualquiera lo comprendería... Rival quiere decir... *rival*.

NÉLIDA. — Después de tu peroración, sé menos que antes...

ADOLFO. — (*Enojado*). Ya te dije que no me agradan las niñas demasiado curiosas...

NÉLIDA. — Y yo te digo que no simpatizo con los niños pretenciosos...

ADOLFO. — (*Aparte*). ¡Si tuviera un diccionario!

NÉLIDA. — (*Que le ha oído*). Sin diccionario yo sostengo que si un rival se oponía á la dicha de uno, debía ser una persona mala...

ADOLFO. — Puede ser que tengas razón.

NÉLIDA. — (*Suspirando*). Si esta noche, entre el público que presencia nuestra representación hubiera algún *rival* que nos silbara... ¡Seríamos tan desgraciados como el conde de Almaby! (*Dentro óyense aplausos.*)

ESCENA SEGUNDA

LOS MISMOS — UN CRIADO

CRIADO. — Niños, vengan, la función ha empezado, y pronto les tocará salir á escena.

NÉLIDA. — (*Al CRIADO.*) ¿Á quién aplauden?

CRIADO. — Á los primitos de ustedes, que tomaron parte en el primer acto.

ADOLFO. — Vamos, Nélica.

NÉLIDA. — Vamos, mi hermoso conde de Almaby... Vamos corriendo, puesto que según parece, entre este amable público, no hay rivales ni enemigo.



EL 9 DE JULIO DE 1816

COMEDIA PATRIÓTICA PARA NIÑOS, EN UN ACTO

PERSONAJES :

LORENZO, *de 10 años*—JUANA, *su hermana, de 9*—  
ROBERTO, *primo de ambos* — DON PABLO, *abue-  
iito de los tres.*

ESCENA PRIMERA

LORENZO — ROBERTO — JUANITA

*(Los tres niños están sentados al rededor de una mesa. JUANA, está bordando, y suspende su trabajo siempre que toma parte en la conversación.)*

ROBERTO. — (A LORENZO). No... Tus palabras no me convencen. Según mi modo de pensar, el día 25 de Mayo de 1810, es, históricamente, mucho más importante que el día 9 de Julio de 1816.

LORENZO. — Pero... ¿por qué?



JUANITA.—Sin duda, porque todos los años, el 25 de Mayo, vienes á comer con nosotros, y mamá hace ese postre que tanto te gusta...

ROBERTO.—No, señorita... y ya que me tratas de glotón te cedo, desde ahora, mi parte de postre.

JUANITA.—(*Riéndose*). ¿Cuál? ... ¿La que comiste el año pasado?

ROBERTO.—No; la del año que viene...

JUANITA.—Ya te has enojado... ¡Qué chico, éste! No se le puede dar una broma...

LORENZO.—(*A JUANITA*). Tú, continúa bordando... y tú, Roberto, explícame porque te parece más importante el 25 de Mayo de 1810 que el 9 de Julio de 1816.

ROBERTO.—(*Solemne*). Porque antes del 25 de Mayo del año 1810, no teníamos lo que conseguimos después: una patria.

LORENZO.—Sí... es verdad... Pero, si tú supieras tanto de historia como sabe abuelito, tal vez pensarías de otro modo... Yo le he oído decir que el 9 de Julio, es para nosotros una fecha muy gloriosa.

JUANITA.—Á los dos, les ha dado por hablar de cosas serias. Estoy segura que lo hacen para darse importancia. ¿Por qué no cuentan más bien, alguna historieta?... Sería más divertido...

× ROBERTO.—¿No estás aún cansada de oír cuentos? No sé como te gustan esas narraciones de cosas que no han sucedido, ni pueden suceder...

LORENZO.—Prefiero que me cuenten algo que ha sucedido en realidad... Por eso me gustan las

narraciones históricas, y la historia misma, que es verdad. \*

JUANITA. — Para convencerme de que los cuentos históricos son más lindos que las fábulas de Andersen ¿por qué no me cuentan ustedes, uno muy bonito?

LORENZO. — Voy en busca de abuelito... Él nos contará algo lindo...

ROBERTO. — Anda, y tráelo... (*Vase LORENZO.*)

ESCENA SEGUNDA

ROBERTO—JUANITA, luego LORENZO y EL ABUELITO

ROBERTO. — ¡Cómo me gustaría saber lo que sabe abuelito! ¿Has observado como los ancianos saben de todo?

JUANITA. — Yo creo que se vuelven viejos de tanto aprender... *λ*

ROBERTO. — ¡Y de tanto vivir!... Cuando yo sea viejo ¡qué de cuentos sabré!...

(*Entra EL ABUELITO, lentamente, apoyado en el hombro de LORENZO. JUANITA le da una silla.*)

EL ABUELITO. — ¡Hola, nietecitos queridos!... ¿Para qué llamáis al abuelito? El pobre está tan viejo que se cansa de caminar... (*Se sienta.*)

JUANITA. — Deseábamos nos contara algo...

ROBERTO. — Cuéntenos del 9 de Julio de 1816...

EL ABUELITO. — Ese deseo os hace honor... y aunque mi memoria se debilita día á día, os complaceré...

JUANITA. — Se lo agradecemos infinito.

LORENZO.—Además, acuérdesse que usted mismo siempre nos ha dicho que se debe enseñar al que no sabe...

EL ABUELITO.—Hablaré, pues, de una de las jornadas más gloriosas de nuestra historia, pero no me interrumpáis mucho, y, sobre todo, no os vayáis á dormir.

JUANITA.—Espere un momento, abuelito.

EL ABUELITO.—Ya empiezan las interrupciones.

JUANITA.—No, puesto que usted aun no ha empezado la narración, quería decirle que Roberto, hace ahora un rato, sostenía que para nosotros, los argentinos, tiene mucha más importancia el 25 de Mayo de 1810 que el 9 de Julio de



1816... ¿Que opina usted al respecto, abuelo?

EL ABUELITO.—Ambas fechas, queridos míos, son importantísimas, y vuestras dudas me dicen que no sabéis con precisión lo que sucedió en esos lejanos y gloriosos días...

JUANITA.—Es que en la escuela hay tanto que estudiar... que á veces una se olvida de muchas cosas...

EL ABUELITO.—Bueno... empiezo: Si bien es cierto que el 25 de Mayo de 1810 la patria fué proclamada independiente, no lo es menos que quedó rodeada de audaces y numerosos enemigos.



Los españoles, que acababan de perderla, no se resignaron con la pérdida de una colonia tan rica, tan grande y tan fértil... y se propusieron recuperarla.

JUANITA. — Eso se comprende...

EL ABUELITO. — Cállate, lengüita larga... Siempre has de ser tú la que interrumpes... Después de la semana de Mayo, los patriotas, que tanto habían trabajado para libertar á la patria, trataron de conseguir que todas las provincias se adhirieran al movimiento revolucionario, y repitieran el sublime grito de libertad que había dado Buenos Aires.

JUANITA. — ¡ Oh ! ¿ Y hubo acaso argentinos que no querían ser libres ?

EL ABUELITO. — Todos deseaban la libertad, todos eran buenos patriotas... Pero, para ver realizado un ideal hay que vencer muchos obstáculos... Tú, por ejemplo, por el hecho de desear alguna cosa, no la obtendrás inmediatamente... pero déjame continuar...

LORENZO. — (*Que escucha con interés*). Juanita es una charlatana de primera.... No le haga ya caso, abuelito, y continúe.

EL ABUELITO. — Cuando Liniers perdió su carácter de virrey, se retiró á Córdoba en compañía de muchos realistas, quienes, unidos, se propusieron obstaculizar á los patriotas en sus anhelos. Éstos, se vieron, desde entonces, obligados á luchar en todas partes y en todos los momentos... Pero ellos eran valientes, y no desmayaron en su empresa.

Si tuviera que hablar de todas las luchas que sostuvieron, sería ya muy largo... Hablaré del 9 de Julio... (EL ABUELITO *queda un momento pensativo*). En el mes de marzo de 1816 los bravos patriotas se reunieron en Tucumán, la ciudad heroica, que Belgrano llamó «la tumba de los tiranos.»

Todas las provincias, exceptuando las del litoral, que no pudieron adherirse al movimiento revolucionario porque estaban bajo el dominio de un famoso caudillo llamado Artigas, enviaron sus representantes.

En Mayo de aquel año, celebróse otra reunión para nombrar los jefes del directorio, resultando elegido en su calidad de «Director Supremo», el esclarecido patriota y célebre militar, llamado don Martín de Pueyrredón.

En esa época, las provincias del Norte tenían á los españoles á sus puertas; los portugueses, que se habían apoderado de Montevideo, ambicionaban la posesión de Buenos Aires; los ejércitos enemigos eran poderosos y bien armados, y nuestras tropas, en cambio, eran bisoñas y poco expertas en el manejo de las armas... ¿Quién no se hubiera acobardado entre tantos peligros?

JUANITA. — Los valientes no se acobardan jamás.

EL ABUELITO. — Tienes razón, y ellos, los nuestros, no se arredraron... En el corazón de cada uno ardía la llama del patriotismo, que convierte á los hombres en héroes, y á los niños en hombres.

LORENZO. — Yo también amo mucho á mi patria.

ROBERTO. — Y yo... yo la adoro...

JUANITA. — También las mujeres queremos á la patria. Abuelito una vez me contó de las patricias...

LORENZO. — (*Enojado*). Quieres callarte... ¡Qué chica ésta! Siempre ha de hablar más que los otros...

ROBERTO. — Siga, abuelito...

EL ABUELITO. — Como iba diciendo, Pueyrredón y sus compañeros afrontaron valientemente una situación tan difícil y se reunieron por tercera vez en Tucumán el 9 de Julio de 1816 y proclamaron «Las Provincias Unidas del Río de la Plata», libres ante la faz de la tierra!...

ROBERTO. — ¡Con qué entusiasmo habla usted, abuelito!

EL ABUELITO. — Estos recuerdos rejuvenecen mi corazón y me llena de orgullo pensar que soy argentino.

#### ESCENA TERCERA

#### LOS MISMOS — UNA CRIADA

LA CRIADA. — La señora dice que pasen al comedor. La mesa está servida.

EL ABUELITO. — Dile que ya vamos. (*Vase LA CRIADA*). ¿Ahora sabéis lo que significa el 9 de Julio? (*Levantándose de su asiento.*)

ROBERTO. — Sí, abuelito, y pienso que esa fecha ha sido gloriosa no solamente para los argen-



tinós, sino para todos los pueblos que aman la libertad.

JUANITA. — ¡Qué linda narración, abuelito... ¡y es verdadera!





## LA PEQUEÑA VENDEDORA DE DIARIOS

### COMEDIA

PERSONAJES:

LUISA, *de 17 años.*—ELENA, *de 12.*—PEPITA, *de 10.*  
JORGE, *de 14.*—PANCHO, *de 15.*

LUISA, ELENA, PEPITA y JORGE, *son hermanos,*  
PANCHO, *es un amigo de JORGE.*

### PRIMERA PARTE

ESCENA PRIMERA

*(Aposento pobremente amueblado.)*

LUISA — ELENA — PEPITA.

LUISA y ELENA, *están cosiendo;* PEPITA, *escribe.*

LUISA. — (Á ELENA). ¿Dieron ya las ocho?

ELENA. — (Mirando el reloj). Sí, sólo faltan  
cinco minutos para las nueve.

LUISA. — (*Con tristeza*). ¡Las nueve... y Jorge no ha venido aún! (*Suspirando*). ¡Qué discolorado se ha vuelto ese niño desde cuando quedamos huérfanos!

Ya no obedece ni respeta á nadie y hasta me deja comprender que no me da de buena gana lo poco que le produce su trabajo. ¡Oh! Si no hubiéramos quedado tan pobres no lo hubiera quitado de la escuela para emplearlo.

ELENA. — No debes afligirte de esa manera, Luisa. Jorge no es malo de corazón, y se enmendará. No ha de estar lejos. Pronto ha de venir.

PEPITA. — (*Acercándose á Luisa*). Dime, Luisa... ¿Ya no te basta que esté aquí yo para entretenerte? (*Frotándose los ojos*). No me acosté para hacerte compañía y puedo asegurarte que tengo mucho sueño. Mientras escribía se me cerraban los ojos... pero no me dí por vencida... Quiero quedarme levantada... para estar á tu lado.

LUISA. — No te sacrifiques, querida... Tu buena voluntad me demuestra suficientemente tu cariño. Vete, pues, á dormir...

PEPITA. — No... quiero esperar á Jorge... porque quiero decirle que si no vuelve á ser bueno y obediente, no le querré más.

LUISA. — (*Levantándose*). Está bien, Pepita. Todo eso se lo dirás mañana... Ahora, ven conmigo... yo te acompañaré á la cama. (*Se van.*)



## ESCENA SEGUNDA


ELENA, sola; después JORGE.

ELENA. — ¡Pobre Luisa! Sobradas razones tiene para afligirse... Jorge, ya no es el Jorge de antes, sino un pilluelo, un remolón, un desobediente. Bien sé quien lo pervirtió... Fué Pancho, ese amigo suyo, ese mal sujeto que consiguió alejarlo del hogar... pero... (*óyese golpear á la puerta, ELENA abre. Entra JORGE. Viste pobremente y tiene un cigarrillo encendido en la mano.*)

JORGE. — (*Cantando*). La vida es bella  
Sí, sin querella  
La pasaré...

ELENA. — (*Señalando el cigarro*). Con qué...  
¿también fumas?

JORGE. — (*Con impertinencia*). Sí, fumo... ¿Por qué me haces semejante pregunta?

(*Con ironía*). Tal vez la señorita ha notado que este cigarrillo no es de primera calidad?...  


ELENA. — Otra cosa, he notado...

JORGE. — ¿Cuál?

ELENA. — He notado que á medida que pasan los días te vuelves siempre más impertinente... y te prevengo que si no vuelves hacia el buen camino llegarás á ser un mal hombre.

JORGE. — No te aflijas por mí... ya sabes.

(*Cantando*). La vida es bella

Sí, sin querella

La pasaré...

ELENA. — Basta, Jorge. No te rías de lo que tanto apena mi corazón. Acuérdate que mientras vivieron nuestros queridos padres, fuiste bueno, aplicado, obediente y que ellos cifraban en ti sus más bellas esperanzas. Ahora, que es cuando debieras portarte mejor porque somos huérfanos, haces desesperar á la pobre Luisa, á esta hermana querida, que trabaja día y noche para ganar con qué sustentarnos.

JORGE.—(*Con enojo*). Empezamos de nuevo con los sermones... Antes, *cuando estaba pegado á la pollera de mamá*, tenía solamente diez años; ahora tengo casi quince... y es simplemente ridículo que Luisa pretenda dejarme sin dinero en el bolsillo y quiera que á las seis de la tarde esté en casa.

#### ESCENA TERCERA

#### LOS MISMOS y LUISA

(LUISA, *que ha oído las últimas palabras de su hermano, quita de una cartera que está sobre la mesa un billete de cinco pesos, y mientras lo da á JORGE, dice:*)

LUISA.—Tomé el dinero que me diste porque creí que contribuirías gustoso al sostén de la familia... mas puesto que no es así, toma estos

cinco pesos... Son los que me entregaste el Sábado... Dispón de ellos como mejor te parezca.

(JORGE *no toma el dinero, y LUISA lo pone sobre la mesa*). Con mis amonestaciones no he conseguido más que agriar tu carácter... y como si yo y tus hermanas no sufriéramos demasiado por encontrarnos separadas para siempre de nuestros amados padres, tú, con tu mala conducta, aumentas nuestros pesares.

(*Golpean á la puerta. ELENA abre y entra PANCHO.*)

PANCHO.—(Á JORGE). Venía á buscarte para salir.

LUISA.—(Á PANCHO). Jorge no sale. Vuelve ahora del trabajo... y tiene necesidad de descanso.

PANCHO.—(*Mirando socarronamente á JORGE*). Lo vine á buscar, porqué...

JORGE.—(Á LUISA). Déjame salir... Volveré pronto.

LUISA.—No... No te dejo, porque mañana tienes que levantarte temprano.

JORGE.—Déjame...

PANCHO.—(Á JORGE, *en tono de burla*). Y... si no te dejan...

JORGE.—(Á LUISA). Tú, no me mandas... (Á PANCHO)... Iré contigo...

LUISA.—No; no irás.

JORGE.—(*Enojadísimo*). Iré... (*Recoge los cinco pesos que LUISA había dejado sobre la mesa, da un empujón á su hermana, abre la puerta y sale con PANCHO.*)



LUISA.—(*Llorando*). Se ha ido...

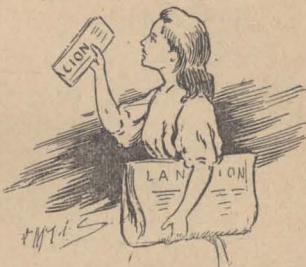
ELENA.—(*También llorando*). No te desespere. Volverá.

## SEGUNDA PARTE

### ESCENA PRIMERA

(*Es de mañana. La acción se desarrolla en la vía pública. PEPITA, vestida pobremente, tiene unos diarios debajo del brazo.*)

PEPITA.—(*Pregonando*). «La Nación», «La Prensa», «La Argentina»... (*Suspirando*). Por lo visto, esta mañana ninguno tiene gana de leer. No he alcanzado á vender ocho diarios... ¡Oh, si ese pilluelo de Jorge no se hubiese ido de casa! Luisa no se habría enfermado y yo no tendría que pasar tantas horas en la calle vendiendo diarios. Y lo peor es que no siempre los vendo todos... (*Pasa un señor y PEPITA se le aproxima*). Señor... «La Prensa»... «La Nación»... (*El señor continúa caminando sin hacerle caso. Pasa una señora que viene del mercado, y la niña se le acerca y le ofrece los diarios.*)



SEÑORA.—(*Con mal modo*). Vete á trabajar, holgazana...

PEPITA.—(*Con tristeza*). Holgazana, me ha dicho... Sin duda ella no sabe que me levanté antes que apareciera el sol, y que ya estoy cansada de

caminar. (*Suspirando*). ¿Cuándo se acabará para mí esta vida de penas? (*Pasan dos niñas bien ataviadas, que por llevar útiles escolares en la mano, se comprende que se dirigen hacia la escuela.*)

PEPITA. — (*Mirándolas*). ¡Qué feliz sería si pudiera yo también ir á la escuela!

ESCENA SEGUNDA

(*Entran PANCHO y JORGE. Están discutiendo y no notan la presencia de PEPITA, quién, trata no dejarse ver.*)

PANCHO. — No... esta mañana no voy al taller.

JORGE. — Perderás el empleo.

PANCHO. — No importa. Lo que sobra son patrones. Mientras tenga plata no trabajaré... (*Contando el dinero que tiene en el bolsillo*). Aun me quedan cuatro pesos con veinte centavos.



JORGE. — Sí... pero no te olvides que me debes dos pesos.

PANCHO. — ¿Desde cuándo?

JORGE. — (*Suspirando*). Desde que abandoné mi hogar.

PANCHO. — ¿Tal vez echas de menos los sermones de tus hermanas?

JORGE. — (*Suspira.*)

PEPITA. — (*Aparte*). Ha suspirado... Se acuerda de nosotras. Nos quiere aún... Volverá á ser bueno.

PANCHO. — (*A JORGE*). ¿Vienes?

JORGE. — ¿Dónde vas?

PANCHO. — Á pasear un poco...

JORGE. — Desde que me separé de los míos, ninguna diversión me atrae... (PANCHO *se va y JORGE permanece meditabundo. PEPITA pasa cerca de su hermano sin mirarle.*)

PEPITA. — (*En voz alta*). «La Prensa», «La Nación».

JORGE. — (*Con estupor*). ¡La voz de Pepita! (*Acercándose á la niña, la reconoce*). ¡Pepita!

PEPITA. — ¡Jorge!

JORGE. — Tú, vendiendo diarios ¿por qué? ¿Y Elena, y Luisa?

PEPITA. — Luisa está enferma, y Elena, por tener que cuidarla, no puede trabajar... Fué doña Matilde, la vecina, que viéndonos tan necesitadas, dijo á Elena que vendiendo diarios, podría ganarme hasta tres pesos por día...

JORGE. — ¡Pobre Pepita!... ¡Cuántas veces he pensado en ti!

PEPITA. — Y... tú, ¿qué haces? ¿Dónde vives?

JORGE. — Duermo en un pequeño aposento en compañía de Pancho y de otro jovencito.

PEPITA. — ¿Y te agrada más vivir en compañía de personas desconocidas que estar al lado de tus hermanas?

JORGE. — (*Conmovido*). No...

PEPITA. — Y, entonces... ¿por qué no vienes á casa?

JORGE. — (*Suspirando*). Temo que Luisa no me admita ya en ella. La he ofendido mucho. La he hecho llorar bastante...



PEPITA.—No pienses en cosas tristes... (*Con animación y alegría*). Ven... Elena y Luisa te recibirán con cariño. Volveremos á vivir juntos y seremos otra vez dichosos... Tú, trabajarás... Luisa se mejorará pronto porque creo, que tu alejamiento del hogar haya contribuído á enfermarla... Elena podrá trabajar de nuevo y yo, en vez de pasar tantas horas en la calle, guisaré y... ¡qué de sabrosas empanadas; qué de *ricos* buñuelos prepararé para todos!

Los Domingos saldremos á paseo; Luisa me dejará poner otra vez el vestidito nuevo que me hizo el año pasado y que tan bien me queda... Seremos de nuevo *ricos... muy ricos...* Tú, pronto serás todo un hombre, y tus patrones te pagarán mejor sueldo... Vámonos, Jorge...

JORGE.—(*Conmovido*). Y Pancho... ¿qué dirá?

LUISA.—¡Pancho! ¿Quién es Pancho? ¡Ah!... Ya me acuerdo. Es ese mal sujeto que siempre venía á buscarte.

JORGE.—Ese mismo.

PEPITA.—¿Y todavía quieres á ese travieso, que con sus malos consejos hizo que te separaras de los tuyos? Si yo me he reducido á vender diarios en la calle ha sido por ese mal compañero que te ha aconsejado abandonarnos. (*Tomándole de una mano*). Vámonos, Jorge... ¡Qué lindo día será el de hoy para todas nosotras! ¡Hace tanto tiempo que la pobre Luisa no se sonríe! Á veces, para distraerla, aparento estar contenta... Le cuento algo sobre lo que veo en la calle, guardándome bien

de decirle que no me hace feliz vender diarios y que muchas veces encuentro personas que me tratan de vagabunda y de holgazana.

JORGE. — (*Conmovido*). Vámonos, Pepita...

PEPITA. — (*Con alegría*). ¡Victoria... victoria! ¡Qué contenta estoy, Dios mío! (*Se van*).

ESCENA ÚLTIMA

(*La acción se desarrolla en casa de LUISA, que está sentada en un sillón; tiene la cabeza apoyada en una almohada. Está pálida. ELENA prepara la mesa para el almuerzo.*)



LUISA. — Hoy, me encuentro un poco mejor...

ELENA. — También tienes mejor

semblante. ¡Dios quiera que te cures del todo y que trabajando las dos, podamos ganar lo suficiente para vivir sin tener necesidad de que Pepita salga á vender diarios...

LUISA. — ¡Ojalá! Es tan buena esa chica; que sólo pensando en que pudiera cambiarse, me apena...

ELENA. — No abrigues ese temor... Esa niña, á pesar de tener tan pocos años, tiene carácter... ¡Si Jorge se pareciera á ella!

LUISA. — (*Suspirando*). ¡Jorge, Jorge... has di-

cho!... ¿Qué será de él? ¡Cuánto me ha hecho sufrir y cuánto sufro aún por ese travieso!

*(Óyese la voz de PEPITA que canta.*

.....  
 Cuando el sol oculta sus rayos  
 La paloma vuelve al hogar,  
 Cansadita viene la pobre  
 De tanto volar.

Así el hermanito mío  
 Retorna ahora á su mansión,  
 Y como el de la palomita  
 Tranquilo está su corazón..  
 Su corazón...

*(Golpean á la puerta.)*

ELENA. — ¡Qué contenta vuelve hoy Pepita!

LUISA. — Creo aparente estarlo para no afligirnos.  
 Abre pronto la puerta. (*PEPITA entra sola. ELENA quiere cerrar la puerta, pero PEPITA se lo impide.*)

PEPITA. — (*Con alegría*). ¡Cuidado! Hoy mando yo... Cerraré la puerta cuando se me antoje hacerlo.

ELENA. — Entra y cierra pronto, porque á Luisa le molesta el aire.

PEPITA. — El aire que hoy se respira aquí, es aire puro, es aire que da fuerza y salud.

LUISA. — Entra de una vez, Pepita, y dinos como te ha ido.

PEPITA. — *Me fué de lo mejor...*

ELENA. — ¿Has vendido todos los diarios?

PEPITA. — No me refiero á eso. Mi fortuna consiste en el hallazgo que hice.



ELENA. — (Con estupefacción). ¡Un hallazgo!

PEPITA. — ¡Y qué hallazgo!

ELENA. — ¿Qué encontraste?

PEPITA. — Un tesoro.

LUISA. — No te burles de nosotras...

PEPITA. — ¿Qué no encontré un tesoro? (*Sale y vuelve con JORGE*). Helo, pues, aquí. (*Señalando al hermano.*)

ELENA y LUISA. — (*Conmovidas*). ¡Jorge!

JORGE. — Hermanas queridas, perdón...

PEPITA. — (*Enjugándose los ojos*). Te han perdonado... Estamos de parabienes... Voy en busca de un cubierto más... (*Cantando*).

Así el hermanito mío  
Retorna ahora á su mansión,  
Y como el de la palomita  
Tranquilo está su corazón...

(*Óyese golpear á la puerta*). ELENA abre y aparece PANCHITO.)



PANCHITO. — ¿Está Jorge?

JORGE. — No. El Jorge que hoy vive en esta casa no es ya el Jorge de antes... es un jovencito bueno y honrado que no se separará ya de su fa-

milia, y que será un buen hermano para estas niñas tan virtuosas.

*(Las hermanas lo abrazan. PANCHO se va, y PEPITA, después de haber besado á JORGE, entona otra vez su canto.)*

Y como el de la palomita  
Tranquilo está su corazón...

---



## NOBLEZA DE CORAZÓN

### DIÁLOGO

PERSONAJES:

BLANCA, y después ROSA

*(La acción se desarrolla en un jardín anexo á la casa de BLANCA.)*

BLANCA. — *(Sola)*. Mañana vuelvo al colegio y antes de empezar de nuevo mis tareas cotidianas, quiero disponer de mi pequeño capital.

*(Se sienta)*. ¿Qué compraré?... Vestidos no, porque tengo muchos... Sombreros tampoco, porque cuando los necesito me los compra mamá. ¿Muñecas?... Estoy aburridísima de las que tengo... De veras... no sé qué comprar... Tengo de-



seos de adquirir uno de esos mueblecitos artísticos, que, si no me equivoco, se llaman *secrétaire*, los he visto, hace ahora poco tiempo, en los escaparates de un negocio en el centro. Le diré á mamá que me acompañe esta tarde á la tienda «Á la Ciudad de Londres»... pero quiero ver antes á cuanto asciende mi capital... (*Saca un portamonedas y cuenta*), treinta y seis... treinta y siete... treinta y ocho pesos... ¡una fortuna!... (*Guarda el portamonedas, y en ese instante ve pasar á ROSITA, de unos diez años de edad, pobremente vestida, que lleva sobre la cabeza un bulto de ropa.*)

BLANCA. — ¡Rosita! ¿Dónde vas?...

ROSITA. — ¡Oh, niña, no la había visto!... Traigo la ropa que llevó el lunes mamá para lavar...

BLANCA. — ¿Por qué no la trajo ella? Te va á hacer daño llevar semejante peso en la cabeza.

ROSITA. — Mamá está enferma...

BLANCA. — ¿Qué tiene?

ROSITA. — No sé... Dice que le duele el pecho, está muy triste y no tiene fuerzas para trabajar...

BLANCA. — ¿Qué dice el médico?

ROSITA. — El médico no la ha visto, pero ayer vino á visitarla una amiga que sabe curar y le dijo que se alimentara bien, que comiera huevos... ¡Cómo si pudiéramos comprar huevos, ahora que valen un peso la docena!...

BLANCA. — (*Nuevamente*). ¿Y tu papá no te da dinero para que los compres?

ROSITA. — (*Vacilando*). Mi padre nunca nos da

un céntimo. Todo lo que gana lo gasta en la cantina... ¡Oh, señorita!... ¡Somos muy desgraciadas! Mi papá ó está ebrio ó está enfermo, porque el alcohol que contienen las bebidas que él toma, le hace daño. Mamá ha sido hasta ahora el sostén de la familia... Tengo tres hermanitos menores que yo, y desgraciadamente soy aun pequeña para ayudar á mamá como quisiera. Sin embargo, cuido á mis hermanitos mientras ella lava (*suspirando*), ¡y qué pena me daba hoy Lola! La pobrecita me pedía pan... y yo no tenía para darle.

BLANCA.—(*Emocionadísima*). Dime: Con treinta y ocho pesos podrías ayudar á tu mamá y á tus hermanitos, ¿no es verdad?

ROSITA.—¡Oh, sí, señorita! Con tanto dinero podría comprar muchas cosas...

BLANCA.—¿Qué cosas, por ejemplo?

ROSITA.—Podría pagarle á un médico para que curara á mamá; luego, comprar las medicinas que le recetara; después, un par de botas para Rodolfo que anda descalzo; también le compraría un vestido á Lola, y huevos para mamá... Me hace falta una sillita de paja para *la nena*, que, *pobrecita querida*, está siempre sentada en el suelo... (*Suspirando*). Si tuviera la suma de que usted me habló, creo que me alcanzaría para comprar también una palangana grande para azular en ella la ropa, porque el balde que uso ahora, está roto, y á pesar de que lo he arreglado tapando el agujero con un trapito, cenizas y jabón, chorrea agua y moja el piso de la pieza.

BLANCA. — (*Aparte*). No creo que con tan poco dinero esta niña pueda comprar tantas cosas... (*Alto*). Toma, Rosita. Aquí están los treinta y ocho pesos y compra todo eso.

ROSITA. — (*Tomando el portamonedas*). ¿Todo esto es para mí?

BLANCA. — Sí, para ti, para que compres lo que tanta falta hace á los tuyos... ¡puesto que tan buena hija y tan buena hermana eres!...

ROSITA. — ¡Qué generosa es usted! ¿Cómo podré demostrarle mi agradecimiento? ¡Cuánto le debo!...

ROSITA. — Nada me debes. Con esos pesos había resuelto comprarme un juguete del que muy bien puedo privarme, para cumplir con el deber que todos tenemos de ayudar á quien lo necesita. Al imaginarme con qué demostraciones de alegría Rodolfo y Lola recibirán respectivamente botas y vestido, me siento más feliz que si poseyera todos los juguetes del mundo... Ven, Rosita, vamos á ver si encontramos á mamá.





